

NUESTRO **T** *tiempo*

REVISTA ESPAÑOLA DE CULTURA

3



NOVIEMBRE
1951

NUM. 3

SEGUNDA EPOCA

AÑO IIII

1-noviembre - 1951

NUESTRO *Tiempo*

PUBLICACION MENSUAL

Director: JUAN VICENS

Gerente: ANGEL SANCHEZ


Redacción y Administración: Bucareli 12, Desp. 401; Teléf. 10-35-37. Apto. 10782.—México, D. F.

Pendiente el registro en la Administración General de Correos de la ciudad de México.

SUMARIO:

EDITORIAL	Una nueva era en la historia de la humanidad.
*****	Romance de Bernardo del Carpio.
*****	La cultura bajo el franquismo.
LUISA REDONDO	La mujer española en las luchas por la independencia nacional.
JORGE SEMPRUN	Presentación de España al Estado Mayor yanqui.
FELIPE M. ARCONADA	La oligarquía financiera en la economía nacional.
JOSE I. MANTECON	El primer ejército popular español, 1808-1814.
G. GARCIA NAREZO	El comienzo de la tormenta.
REINALDOS	Nazim Hikmet, poeta combatiente de la paz.
NAZIM HIKMET	Veinticinco mil palomas.—Angina de pecho y Triste libertad (poemas).
JUAN VICENS	Las grandiosas realizaciones del poder soviético.
A. FADEEV	El trabajo del escritor.
NUESTRA PORTADA	Rafael del Riego.

Precio del ejemplar \$2.00. Suscripciones: un año \$20.00, semestre \$10.00. m/n. Giros y pedidos de ejemplares a nombre del Admor., FRANCISCO ALVAREZ.



Una nueva era en la historia de la humanidad

LA Revolución Socialista de Octubre, arrancando de la explotación capitalista a la sexta parte del mundo, abrió una nueva era en la historia de la humanidad.

Por primera vez en la historia una teoría científica, el marxismo-leninismo, se mostraba en la práctica capaz de crear un nuevo tipo de sociedad. Por vez primera, los cambios y transformaciones no se producían como hasta entonces, por la acción de las leyes ciegas y anárquicas características de la sociedad capitalista, sino que eran ahora los hombres armados de la teoría del comunismo quienes dirigían los acontecimientos, estableciendo nuevas relaciones de producción, y, por lo tanto, nuevas y armónicas relaciones sociales entre los hombres.

Liquidando las clases explotadoras, arrebatando a la burguesía y a los terratenientes los instrumentos y medios de producción para transformarlos en propiedad socialista, el Partido Bolchevique, el gran Partido de Lenin y Stalin, realizaba la tarea histórica de liberar al hombre de la esclavitud, haciéndole dueño de sus destinos y de los valores materiales y espirituales creados por él.

Los anhelos de justicia y de libertad que alentaron las luchas de los oprimidos a través de los siglos, los viejos sueños del hombre de una sociedad más justa y humana, que fueron castigados por las clases dominantes de cada época con la prisión, la hoguera y la horca, tomaron cuerpo en 1917 en la cárcel de pueblos que era la antigua Rusia zarista, convirtiéndose en una luminosa realidad. El nacimiento de la Unión Soviética, saludado entusiásticamente por los trabajadores y pueblos del mundo, mostró que frente a la decrepita y feroz sociedad capitalista se alzaba, con estatura de gigante, una sociedad nueva que tomaba firmemente en sus manos la causa del progreso y de la civilización, asegurando la marcha ininterrumpida de la humanidad hacia formas más elevadas y perfectas, desconocidas hasta entonces por los pueblos y por los hombres.



EN el corto período de tiempo que son treinta y cuatro años para la historia de un pueblo, la Unión Soviética, de país atrasado con una economía agraria de tipo semifeudal, se ha convertido en una de las primeras potencias industriales del mundo y en el primer país de agricultura mecanizada. La realización de los planes quinquenales stalinianos, desarrollando en grandiosas proporciones la industria y la agricultura, levantando nuevas fábricas y ciudades, dominando a la naturaleza y convirtiendo los desiertos en vergel, convirtiendo la ciencia y la cultura en patrimonio de los trabajadores y del pueblo, ha cambiado totalmente la fisonomía del país.

Y en el gigantesco proceso de edificación de la nueva sociedad, de la sociedad socialista soviética, al saltar en mil pedazos los viejos moldes del capitalismo que se oponían al desarrollo de las fuerzas productivas y ser destruídos los obstáculos que impedían el trabajo libre y creador, junto a las grandes transformaciones económicas, geográficas, culturales y de todo orden, ha surgido y se ha modelado un nuevo tipo de ser humano, hombres y mujeres con una fisonomía moral y política correspondiente a las nuevas formas de organización social.

Las viejas barreras de división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual están siendo abolidas. La incorporación de las grandes masas a la ciencia y a la cultura, la elevación de los trabajadores y del pueblo y el dominio de la técnica por millones de obreros y campesinos, de mujeres y jóvenes, al propio tiempo que aumentan extraordinariamente la productividad del trabajo

creando las condiciones para el paso gradual del socialismo al comunismo, modifican totalmente la antigua concepción —que subsiste en los países capitalistas— sobre la cultura y la técnica como patrimonio exclusivo de la burguesía.

Como afirmaba el camarada Lenin: Antes, toda la inteligencia humana, todo su genio creaba únicamente para proporcionar a los unos todos los bienes de la técnica y de la cultura y privar a los otros de lo más necesario: de la instrucción y del desarrollo. Ahora, en cambio, todos los prodigios de la técnica, todas las conquistas de la cultura pasarán a ser patrimonio del pueblo entero, y, desde ahora, la inteligencia y el genio humano no se verán reducidos jamás a servir de medios de violencia, de medios de explotación.



A *L abrir posibilidades ilimitadas para el desarrollo de la ciencia y de la cultura, el Estado soviético ha facilitado las condiciones para un florecimiento creciente del poder creador del hombre. La literatura y el arte ya no son privilegio de unos cuantos, ni patrimonio de minorías más o menos selectas. Toda la sociedad soviética, inspirándose en los grandes ideales del comunismo, participa en la tarea común de dominar y de impulsar la ciencia y la cultura de vanguardia.*

La nueva generación de intelectuales soviéticos, forjados por el Partido Bolchevique bajo la dirección de Stalin, y armados de la invencible teoría marxista leninista, trabajan y crean no al viejo estilo, encerrados en su torre de marfil, sino unidos estrechamente con el pueblo, en íntimo contacto con la vida y con sus problemas.

De ahí que mientras la ciencia y el arte, en los países capitalistas, están colocados al servicio de la preparación de la guerra, del envenenamiento de las masas, de la política agresiva y rapaz del imperialismo, en la Unión Soviética la cultura es un arma para educar a los hombres en el espíritu del trabajo pacífico, del verdadero humanismo y de la fraternidad entre los pueblos. Y frente a la podredumbre y degeneración del arte burgués, a la exaltación del gangsterismo y la pornografía, la literatura y el arte soviéticos exaltan los más puros sentimientos del hombre, a los héroes del trabajo, las grandes hazañas de los transformadores de la naturaleza, a los hombres y mujeres que forjan un mundo nuevo libre y feliz.

En todos los campos del saber humano —ciencia, filosofía, historia, literatura, poesía, música, teatro, cinema— la cultura soviética está hoy en la vanguardia. No hay barreras ni obstáculos que puedan detener su marcha ascendente. Cada día arranca nuevos y valiosos secretos a la vida y a la naturaleza. Y cada vez aparece con mayor claridad ante el mundo entero, destruyendo las calumnias y las infamias antisoviéticas de los imperialistas y sus servidores, que es en la U.R.S.S., y solamente allí, donde el hombre ha dejado de ser una fiera para los otros hombres, donde la vida y la dignidad humanas tienen su baluarte, donde los más elevados frutos del espíritu son cultivados con amor.



EN el XXXIV aniversario de la gloriosa Revolución Socialista de Octubre, la Unión Soviética irradia su nombre y su ejemplo luminoso con más fuerza que nunca, como el faro que orienta y guía a los trabajadores y pueblos de todo el planeta. Con el camarada Stalin a la cabeza, sostiene en alto la bandera de la paz y de la independencia de los pueblos, frente a la política de guerra y de dominación mundial de los caníbales imperialistas.

Saludando en este aniversario al pueblo soviético y al gran Stalin, fieles y consecuentes amigos y defensores del pueblo español, los intelectuales saludamos al país del socialismo, baluarte de la cultura avanzada y liberador de las fuerzas creadoras del hombre, y cuyos éxitos y experiencias son una enseñanza permanente para todos nosotros, mostrándonos el camino a seguir en la lucha por la defensa de la cultura y de los bienes espirituales del hombre, gravemente amenazados por el imperialismo, para ganar la batalla de la paz que es alcanzar la victoria de la vida sobre la muerte, de la libertad sobre la esclavitud, de la luz sobre las nieblas.



ROMANCE

de Bernardo del Carpio

*Con los mejores de Asturias
sale de León Bernardo,
puestos a punto de guerra
a impedir a Francia el paso,
que viene a usurpar el reino
a instancia de Alfonso el Casto,
como si no hubiera en él
quien mejor pueda heredallo,
y a dos leguas de León
se paró en medio de un llano,
y levantando la voz
volvió de esta suerte a hablallos:
—Escuchadme, leoneses,
los que os preciáis de hijosdalgo,
y de ninguno se espera
hacer hecho de villano;
a defender vuestro rey
vais como buenos vasallos,
vuestra tierra y vuestras vidas*

NUESTRO TIEMPO

*y las de vuestros hermanos.
No consintáis que extranjeros
hoy vengan a sujetaros
y mañana vuestros hijos
sean de Francia un pedazo,
y vuestras armas antiguas,
el rico blasón trocando
veáis de lises sembradas,
en lugar de leones bravos,
y el reino que ha tanto tiempo
vuestros abuelos ganaron,
por sólo el temor de un día
vengan a mandallo extraños.
Aquél que con tres franceses
no combatiere en el campo,
quédese, y seamos menos,
aunque habemos de igualallos;
que yo y los que me siguieren
uno seremos a cuatro.*

.....
*Esto acabando, arremete
con la furia del caballo,
diciendo: —Siganme todos
los que fueren hijosdalgo.*

(ROMANCERO ESPAÑOL)

La cultura bajo el franquismo

Enseñanza primaria

Lamentable y terrible es la situación de la enseñanza primaria bajo el franquismo. Las propias estadísticas oficiales del régimen admiten que de 3.968,816 niños en edad escolar, sólo 2.446,131 asisten a escuelas cualesquiera, y que en ciudades como Madrid y Barcelona, más de 50% de los niños carecen de escuela donde asistir. En esas ciudades, gran número de niños vagan por las calles y por las afueras en los horas de clase, creando un problema bastante serio. Y como a tantas otras cosas, el régimen franquista pretende poner remedio a ese problema con el terror. Un concejal de Madrid propuso que se detuviera a los niños que vagan a esas horas y no se les pusiera en libertad hasta que los padres hubiesen satisfecho una multa elevada. Bajo la República había en España 68,892 escuelas, mientras que hoy no pasan de 58,621, o sea más de 10,000 menos, a pesar del aumento de la población. En cuanto al presupuesto de

Instrucción Pública, constituye sólo 4.5% del presupuesto general, en el cual se destina en cambio cerca de 80% a gastos militares y a las fuerzas de represión.

Pero además, entre los niños que asisten a escuelas públicas, la propia estadística oficial admite que 75.6% están afectados de tuberculosis y las revistas médicas que allí aparecen afirman que entre los jóvenes españoles, la proporción de tuberculosos es de 60%.

El Estado pone gran parte de la enseñanza en manos del clero y de las comunidades religiosas, que además de hacer de esas actividades un negocio muy lucrativo, ofrecen al régimen franquista garantías inmejorables de que han de orientar la educación en sentido fascista y reaccionario y encaminarla ahora a inclinar las mentes de los alumnos en sentido favorable a la preparación de la guerra agresiva de los imperialistas norteamericanos. Con los

métodos memoristas que les son propios, esos educadores se esfuerzan por evitar que se desarrolle en los alumnos la *funesta manía de pensar* y rebajan el nivel cultural de la juventud de nuestra patria a un estado lamentable.

Confirma esas afirmaciones el censo escolar que ha publicado recientemente el Ayuntamiento de Madrid, de 12 distritos en que se divide Madrid para esos efectos, más los pueblos anexionados de Aravaca, Barajas, Canillas, Canillejas y Hortaleza. Se observa en esa estadística la ausencia de cifras sobre el número de niños en edad escolar, con lo que no es posible saber cuántos quedan fuera de la información que el censo ofrece. El comentario de *Ya* a esa estadística muestra la creciente absorción de la enseñanza por el clero y las comunidades religiosas. Dice el comentario:

“Los colegios públicos (es decir, del Estado) ascienden a 330 y los de las comunidades religiosas, de la Beneficencia general, de patronato y particulares (que son diversas clases de escuelas religiosas) a 533 (es decir, cerca del doble). Estos se encuentran servidos por 1,679 maestros y maestras, amén de 269 maestros y maestras sin título, que no ejercen en colegios públicos (evidentemente frailes y monjas). El referido censo presenta un minucioso estadillo de clases de matrícula... Todas ellas dan un total de 1,367 clases en el año 1949, con 25,051 niños y 29,195 niñas en las escuelas nacionales, municipales y de suburbios, y de 1,812 clases, 32,425 niños y 35,540 niñas en las escuelas de comunidades religiosas, de la Beneficencia general, de patronato y particulares”.

Enseñanza universitaria

Los últimos meses han sido de vacaciones en las Universidades. Al cerrarse el curso pasado, la prensa franquista publicaba la noticia de que la Congregación Mariana Universitaria había clausurado también sus actividades con una conferencia de un comandante de Estado Mayor sobre *Universidad y milicia*. Según palabras de *YA*, “el conferenciante hizo resaltar la importancia del universitario en la guerra moderna como elemento primordial, e hizo ver la responsabilidad de los mismos al ser incorporados a los cuadros de mando de la Milicia Universitaria”. He ahí a dónde conduce el que la enseñanza esté en manos de los franquistas y de las comunidades religiosas. Al conjuro de los dólares norteamericanos, hasta las pías Congregaciones Marianas se dedican febrilmente a enrolar a los jóvenes españoles al servicio de los incendiarios de la guerra.

Con ese alimento espiritual, no es extraño que los jóvenes milicianos universitarios hayan dedicado sus vacaciones a ejercicios militares. Durante todo el verano, los periódicos franquistas han estado publicando informaciones sobre campamentos de la Milicia Universitaria y sobre sus maniobras militares, con artillería, ejercicios de paracaidistas, etc.

Y no sólo de las Milicias Universitarias, sino sobre innumerables campamentos y marchas del Frente de Juventudes, del Sindicato Español Universitario, etc. Y de la participación del clero en esas actividades ha habido casos muy curiosos. *A. B. C.* publicaba en portada la fotografía de la llegada de Franco a visitar uno de esos campamentos en Galicia. Describía el periódico la vida estricta-

mente militar de los acampados, sus ejercicios bélicos, etc., y finalmente informaba de que en ese momento, los acampados eran... 196 alumnos del seminario de Mondoñedo.

A esa labor coopera también el cine. Recientemente ha informado la prensa del estreno de la película *La trinca del aire*. En una de esas informaciones se decía que "las escenas más brillantes y de mayor lucimiento en esa película se enlazan a un curso de paracaidismo en la escuela nacional de aviación, lo que será sin duda un gran estímulo para la juventud que vaya a ver esa película".

Y la intromisión del clero y de las comunidades religiosas no hace más que crecer. Hay Universidades, escuelas técnicas, Institutos laborales y muchos otros centros de enseñanza media y superior en manos de esos elementos, con derecho a otorgar títulos oficiales.

¿Misterio o convento?

Esa influencia del clero y de las comunidades religiosas llega a sectores insospechados. He aquí una lista de nuevas adquisiciones de la biblioteca del Ministerio franquista del Trabajo, según la *Revista del Trabajo*, órgano de la Subsecretaría de ese Ministerio: *Tratado de la Virgen Santísima*; *Jesús de Nazaret*; *Teología de San Pablo*; *Evangelio de San Mateo*; *Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinum*; *Piezas maestras del teatro teológico español*; obras de San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Asís; *Suma poética*, por Pemán y Herrero García, que es una "amplia" colección de poesía religiosa española; *Historia de la Contrarreforma*; *Historia bíblica*, etc. La selección resulta tan grotesca para su

lugar de destino, que huelgan los comentarios.

Los negocios de la Falange.

El periódico *Ya* ha anunciado que la Academia de Derecho de San Raimundo de Peñafort, del S.E.U. (Sindicato Español Universitario) de Madrid, abre un concurso para proveer seis plazas de profesores. He ahí cómo ese sindicato falangista se dedica al lucrativo negocio de las academias universitarias, fabricantes en serie de profesionales por medio de los famosos cuestionarios y de la influencia del sindicato, en competencia con la tristemente célebre Academia Reus.

Por su parte, el Sindicato falangista del Espectáculo se dedica a la usura, administrando los créditos que concede el Gobierno franquista para subvencionar la producción cinematográfica. A ese respecto, hasta la propia prensa franquista se lamenta de los resultados. En la reseña del estreno de la película *Una cubana en España* dice *A.B.C.*, tras de criticarla severamente: "En determinados films parece un sarcasmo el letrado, en impresión, en los titulares: "Acogida al crédito del Sindicato", etc., porque en realidad, el voquible más adecuado sería el de descrédito".

El cine "nacional".

Refiriéndose al estreno de la película *La corona negra*, que presentó España franquista en el Festival de Venecia, dice *A.B.C.* "... es una producción española en la que se han empleado como componentes básicos fundamentales, elementos extranjeros. El guión literario es del francés Jean Cocteau; Saslavsky, argentino, ha dirigido la obra fílmica y sus principales intérpretes son María Félix, me-

xicana, con Rossano, Brazzi y Vittorio Gassmann, italianos”.

Luis Gómez Mesa, en un artículo en *Arriba*, dice: “He dicho ya en alguna ocasión... que las mejores películas españolas son *La bandera*, *La kermesse heroica* y *Sin novedad en el Alcázar*, francesas las dos primeras e italiana la última. Son las películas extranjeras de más sincera admiración por nuestras virtudes raciales”. La inclusión, desde ese punto de vista, de *La kermesse heroica* resulta un ejemplo curioso de cuán mutiladas se presentan en España franquista, aun en círculos reducidos de críticos, las películas extranjeras. Porque si el autor del artículo hubiera visto completa esa película, se guardaría muy bien de presentarla como ejemplo de exaltación de las virtudes raciales españolas, y por otra parte, el heroísmo corre en ella a cargo de las mujeres flamencas, y es... un tanto especial.

Este es el panorama de la producción cinematográfica en nuestro país aherrojado: chabacanería, falsa historia de guardarropía, personal extranjero para cubrir el hueco del español, ya que en semejante ambiente no es fácil que se desarrolle éste, y por si eso fuera poco, arte al servicio de la preparación y propaganda de la guerra imperialista.

Piratería científica.

Mucho se ha hablado de la piratería editorial que se practica en ciertos países, que consiste en publicar obras sin autorización de sus autores y sin satisfacer a éstos sus derechos. Pero el franquismo ha perfeccionado ese arte. La piratería que se practica en España franquista consiste en publicar obras de escritores republicanos exiliados, figurando como autor

de ellos algún desvergonzado falangista. Vamos a citar algunos casos.

En el tomo *España visigoda* de la gran *Historia de España* que está publicando Espasa Calpe, dirigida por Menéndez Pidal, hay un capítulo sobre la escritura visigoda. Ese capítulo lo escribió don Agustín Millares, paleógrafo español. Pero al publicarse el tomo, figuraba como autora de ese capítulo Matilde López Serrano, que fue bajo la República bibliotecaria en el Palacio Nacional. Esta señorita, socialista antes de la guerra, ingresó durante ésta en la quinta columna franquista. Siguiendo su brillante carrera, ha tenido la desvergüenza de cometer ese acto de piratería sin precedente.

Un texto de derecho civil, que Demófilo de Buen, catedrático fallecido en México, reimprimía, puesto al día, periódicamente en España, apareció después de la guerra firmado por un falangista sin escrúpulos.

El catedrático de Sevilla Ots Capdequí dirigía en esa ciudad un Instituto de Historia de Cuba. Trabajando con los alumnos de las sucesivas promociones, iba preparando trabajos sobre historia de la isla antillana. Después de la guerra, y mientras el ilustre catedrático está refugiado en América, un desaprensivo fascista ha publicado como obra suya los materiales reunidos por el señor Ots y por sus alumnos.

El malogrado historiador Ramón Iglesia, fallecido en Wisconsin, en cuya Universidad era profesor, estaba trabajando cuando estalló la guerra, en una edición crítica de la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, y le faltaba poco para terminarla. Estando ya refugiado en México, tras de su brillante compor-

tamiento en el ejército republicano, llegó a su poder una edición de esa obra, hecha en Madrid. Su asombro fue grande al ver que era sencillamente la edición en que tanto había trabajado. Y lo más curioso es que el pirata ni siquiera pudo terminarla, y la edición está incompleta, y acaba donde quedó en suspenso, a causa de la guerra, el trabajo de Ramón Iglesia.

Como esos hay muchos casos. En verdad que nunca se había visto cosa semejante en el mundo universitario español ni en el de ningún país civilizado. Faltos de ciencia propia, los falangistas no vacilan en robar la ajena, para utilizarla como instrumento de propaganda de su régimen infame.

Literatura maloliente.

En un número anterior hemos comentado el bajo nivel moral que presenta la literatura franquista, en que la acción de todas las novelas se desarrolla entre prostitutas, criminales, viciosos y gente de la peor calaña y donde las tesis y el espíritu de las obras destilan pesimismo, desesperanza y culto al odio y a la corrupción moral. Un número reciente de *Arriba* nos ofrece una confirmación curiosa de esa situación, en un artículo de Federico Sopena, titulado *¡Basta, por Dios!* El autor dice haber combatido contra la República y haberse hecho cura para orar por sus amigos... evidentemente escritores, a quienes dirige el artículo, aunque no quiere nombrarlos. Y dice el artículo: "Pues bien; basta, por Dios, basta de novelas con monstruos, prostitutas, pervertidos y náuseas... Ya no puedo más".

Lo que no impide que en otra parte del periódico se dediquen elogios

a obras como *La colmena* de Cela, que es un verdadero albañal de pro-cacidades, perversiones y groserías de lenguaje.

Esa lamentable situación de la literatura en España franquista explica, en parte, la crisis de lectores de que se queja la prensa falangista. Es natural que si lo que se publica es reaccionario, ramplón, mugriento y aburrido, los lectores no se sientan impulsados a comprar ni a leer semejante producción. Pero con esa causa de la crisis se conjuga otra de gran volumen, que aparece en una carta de Elías Serra Ráfols que publica el último número de *Insula*, donde se lee: "Por otro lado, cuando el ciudadano español ha aprendido realmente a leer... no tiene dónde ejercitar esa facultad. He visto a jóvenes campesinos leer afanosamente los trozos de periódicos que envolvieron mi merienda o los prospectos del específico que tomé en la fonda antes de la comida. Y llegamos al meollo del asunto. Los españoles no gustan de leer, porque cuando han aprendido no hallan dónde hacerlo..."

Esas cortas frases muestran la situación con cegadora claridad. Nuestro pueblo sigue sintiendo la misma sed de cultura que conocimos bajo la República, pero bajo el infame régimen franquista, ni se publican libros que puedan interesarle, ni su situación de miseria y de hambre le permite comprar los que querría leer.

Siguen maltratando las obras de arte.

Ahora que ya no pueden bombardear los museos y los monumentos artísticos, no por eso dejan los franquistas de seguir maltratando las obras de arte. En un artículo apare-

cido en *Heraldo de Aragón* se queja el autor de varios desafueros de esa clase cometidos en la iglesia de San Pablo de Zaragoza. Se refiere primero al predominio actual en las iglesias "del arte en serie, de los cromos para Vía Crucis, y de las imágenes de Olot, degeneración empobrecida del decadente estilo de *Saint Sulpice*". Refiere luego que en la mencionada iglesia, "la imagen y las gradas se han trasladado ante un altar de tablas pintadas, del siglo XVI, que ahora resulta invisible. Hay otro retablo del siglo XV que hace varios años se trasladó a la capilla de Santiago, donde se han depositado también gradas, peanas, ángeles turiferarios, todo del arte de Olot. . . . Todavía podían verse hace poco las tablas laterales, pero ahora ya no, por-

que se ha colocado una imagen de la Virgen de Fátima. . ."

El arte de Olot a que se refiere el autor del artículo, que había comenzado ya a propagarse bajo la monarquía, se compone de esculturas de ángeles y cristos con rostros de muñeca de biscuit, ojeras moradas y túnicas color lila, que se utilizan, a lo que se ve, con mayor amplitud que nunca, para ocultar los tesoros artísticos en las iglesias, cuando no para justificar su venta o destrucción. Sólo un poder verdaderamente democrático, que tenga su asiento en el pueblo, será capaz de conservar el tesoro artístico español, inspirándose en el amor y respeto que hacia él siente nuestro pueblo, y que tan brillantemente se manifestaron durante la guerra.





La mujer española en las luchas por la independencia nacional

Por LUISA REDONDO

La participación de las mujeres españolas en las luchas de nuestro pueblo, a través de los siglos, por la libertad y la independencia nacional de España, es tan vieja como esas luchas y ha sido un factor importante en ellas. La mujer española, privada de todo derecho y considerada por las castas dominantes como inferior al hombre, ha sentido con mayor dureza la opresión de regímenes tiránicos. Impulsadas por el anhelo de libertad, de romper las cadenas de la esclavitud, miles de mujeres sencillas, del pueblo, han ayudado a los luchadores por una vida mejor y han tomado parte ellas mismas en esa lucha. Muchas de esas mujeres están consideradas con justicia como grandes heroínas nacionales.

En el siglo XVI destacan María Pacheco y María Pita, símbolos de las mujeres que lucharon en defensa de los derechos del pueblo frente al poder feudal y contra la dominación extranjera.

Grabado: Episodio de la defensa de Zaragoza: Agustina de Aragón.
Cuadro de M. Hivaldez.

real y de los nobles de la corte de Carlos V, que robaban al pueblo. María Pacheco, esposa del comunero Juan de Padilla, defendió la ciudad de Toledo, falta de víveres y cercada por las tropas al servicio de la tiranía. Vencidos los comuneros y ahorcados sus dirigentes, María Pacheco huyó a Portugal. La reacción la perseguía con saña porque había sabido encarnar el espíritu de rebeldía del pueblo. Su casa de Toledo, desde la que María Pacheco alentó la lucha de los oprimidos, fué arrasada hasta los cimientos, arado el suelo y sembrado de sal.

María Pita fué la mujer valerosa que participó en la defensa de La Coruña cuando la atacaba la escuadra del inglés Drake. La ciudad estaba a punto de capitular y un soldado inglés trataba de colocar la bandera inglesa en lo alto de las murallas. María Pita, inflamada de patriotismo, se lanzó contra él y le arrebató la bandera. Esa fué la señal de ataque que condujo a los patriotas coruñeses a la victoria sobre los invasores extranjeros.

EN la guerra de Independencia de España contra la invasión napoleónica, centenares de mujeres se alzaron en defensa de la patria, junto a todo el pueblo. Encendidas de amor a España y de odio al invasor, combatieron con valentía, al lado de los hombres, el 2 de Mayo de 1808 en las calles de Madrid, y soportaron con heroísmo los sitios de Zaragoza y Girona.

Entre todas ellas destaca Agustina de Aragón, mujer del pueblo que ayudaba a los defensores de Zaragoza. En la puerta del Portillo, al ver que los patriotas estaban siendo derrotados, con la mecha de un artillero moribundo encendió la de un cañón. Alentados por su heroísmo, los defensores de Portillo rechazaron el ataque enemigo. Otra mujer, la condesa de Bureta, también combatió personalmente en la defensa de Zaragoza, y ofreció su fortuna para la lucha contra los invasores. La patria estaba en peligro y mujeres de diferentes condiciones sociales se unieron para salvarla.

La joven granadina Mariana Pineda se enfrentó al poder absolutista de Fernando VII. Los esbirros del rey felón encontraron en su casa una bandera con la inscripción *Ley, Libertad, Igualdad* que se estaba bordando para la insurrección en pro de una Constitución liberal, que se gestaba en Andalucía. Encarcelada, Mariana Pineda se mantuvo firme en sus ideas liberales hasta el último momento. Era una mujer que se rebeló contra la esclavitud a que se sometía al pueblo, y por eso la reacción acabó con su vida.

AL proclamarse la República en 1931, se abrió por primera vez ante las mujeres españolas el camino de la liberación. La República significaba una vida mejor para el pueblo, y sobre todo, era el camino que le llevaría a ser dueño de sus destinos, hacía una mayor libertad y bienestar. La República concedió a las mujeres iguales derechos políticos y económicos que a los hombres. Por eso, las mujeres del pueblo defendían la República y luchaban por afianzar y desarrollar esas conquistas políticas y económicas frente a los que pretendían arrebatárselas.

En julio de 1936, cuando las fuerzas reaccionarias de España, apoya-



“Dolores Ibárruri... la gran dirigente de nuestro pueblo; mostraba el camino a seguir y orientaba a los trabajadores y al pueblo en la lucha a muerte por la defensa de la República y la democracia. Su nombre se convirtió en un símbolo, en una bandera de combate, en un ejemplo heroico para las mujeres y el pueblo...”

das por el fascismo alemán e italiano y con la complicidad de los imperialistas de todo el mundo, agredieron a la República, las mujeres españolas ocuparon su puesto junto a los combatientes de la clase obrera y del pueblo. Al defender la República, defendían la libertad, la democracia y el porvenir de una vida digna para ellas y para sus hijos.

En las heroicas luchas del pueblo español, en esta etapa, surgieron mujeres como la dirigente juvenil Lina Odena, que se había destacado como una de las mejores defensoras de la República antes de la sublevación fascista, y que ahora luchando con las armas en la mano, hizo frente al enemigo con gran valentía, y antes de entregarse a la fieras que la acosaban, reservó para sí misma la última bala de su pistola.

Como ella, cientos y miles de mujeres luchaban ardientemente contra los fascistas sublevados y los invasores extranjeros, en los frentes y en la retaguardia. En la sanidad militar, recogiendo a los heridos en las líneas de fuego con grave peligro para sus vidas, en los hospitales y sanatorios; participando en los duros trabajos de fortificaciones, abriendo zanjas y ayudando en la construcción de refugios antiaéreos; realizando una magnífica labor en la industria y en el campo; organizando guarderías y hogares infantiles y confeccionando ropas para los combatientes.

Y mostrando en toda su grandeza y esplendor las virtudes, abnegación y heroísmo de la mujer española, la gran dirigente de nuestro pueblo y secretario general del Partido Comunista de España, Dolores Ibárruri, mostraba el camino a seguir y orientaba a los trabajadores y al pueblo en la lucha a muerte por la defensa de la República y de la democracia. Su nombre se convirtió en un símbolo, en una bandera de combate, en un ejemplo heroico para las mujeres y el pueblo.

Sus ardientes y patrióticas llamadas a la lucha, sus ya legendarios ¡NO PASARAN! y ¡MAS VALE SER VIUDA DE UN HEROE QUE MUJER DE UN COBARDE! pusieron en pie de lucha a millares y millares de mujeres españolas, dándoles nuevos bríos para el combate y el trabajo, y fueron consignas que todo el pueblo hizo suyas, que penetraron en el corazón de todos los españoles que, como Pasionaria expresó tan magníficamente, estaban dispuestos a MORIR DE PIE, ANTES QUE VIVIR DE RODILLAS.

HOY, en la España esclavizada por el franquismo, millares de mujeres siguen luchando sin desfallecer. Con mayor coraje cada día, arrostran todos los peligros de la brutal represión de Franco y la Falange, contra el régimen fascista que les niega hasta los más elementales derechos y las explota inicuaamente, que condena sus hogares al hambre y a la miseria y que intenta arrancarles sus hijos para utilizarlos como carne de cañón al servicio de los imperialistas, en la guerra que prepara contra la Unión Soviética, las democracias populares y los pueblos.

Así se expresan las mujeres españolas: "Nuestros héroes caídos, nuestros hombres encarcelados, todo el dolor de nuestro pueblo nos quema como hierro candente. Recordamos que hay nuevas batallas que librar y una gran injusticia histórica que reparar". Uniendo la acción a sus sentimientos, esas mujeres trabajadoras son las que en 1947, en la *Metallgraf Castellana* se negaron colectivamente a llenar los boletines de inscripción para el servicio social de la Falange. Son las admirables obreras textiles de Cataluña que han participado y a veces dirigido huelgas, sin que la amenaza de muerte o de cadena perpetua lograra ponerlas de rodillas.

Son mujeres campesinas, como Manuela Sánchez, que nos enseñó cómo se combate al franquismo. Esta gran patriota, desde su casa en el campo gallego, defendía la vida de sus hijos, la tierra que la vió nacer y en la que estaba el trabajo de toda su vida. Franco y Falange le robaban todo lo que era suyo. Cuando a cambio de su vida pudo asegurar la retirada de un destacamento guerrillero, no dudó. Ellos, los guerrilleros, debían salvarse, tenían que seguir combatiendo al franquismo, para que en una España libre y soberana, los campesinos sean dueños de la tierra y la cosecha, fruto de su trabajo; para que las madres españolas puedan mirar a sus hijos con alegría, sin miedo a que sieguen su vida los incendiarios de la guerra.

Mujeres españolas que luchan y sufren bajo el franquismo. Millares de ellas han sido asesinadas, encarceladas y sometidas a las más crueles torturas. Pero las hienas falangistas no consiguen —ni conseguirán— doblegar su espíritu de combate. Ahí están ejemplos como el de la cárcel de Segovia, donde el franquismo tortura y asesina a dignas hijas del pueblo español, y de donde salió burlando la vigilancia de los carceleros una dramática carta en la

que se dice: "Daríamos todo lo que nos queda por que en los momentos actuales pudiésemos tener actividad" Demostrando con esas palabras sencillas el heroísmo de las mujeres que han dado lo mejor de su vida a la lucha por la paz, la vida y la libertad de su pueblo, y muchas de las cuales no conocen a sus hijos, que les fueron arrebatados por los monstruos franquistas.



"Lina Odena... se había destacado como una de las mejores defensoras de la República antes de la sublevación..."

LAS grandes huelgas y acciones contra el franquismo, de marzo a mayo del presente año, que se produjeron en Cataluña, Euzkadi, Navarra y Madrid por la paz, el pan y la democracia, han marcado una nueva etapa en las luchas de nuestro pueblo. Son ejemplos de unidad de la clase obrera y de las fuerzas antifranquistas y de una mayor decisión y amplitud en el combate contra los verdugos de España y sus nuevos amos, los imperialistas yanquis.

Una de las características de esta nueva etapa es que la participación de las mujeres es mayor y más decidida que antes. Las obreras textiles de Barcelona y de otros lugares de Cataluña, fueron las primeras en abandonar el trabajo para sumarse a las huelgas. En Euzkadi, llenas de decisión y firmeza, animaban a los huelguistas: "No volváis a casa hasta haber asegurado el alimento a vuestros hijos. En Pamplona, centenares de mujeres con cestas y botellas vacías, exigían pan y comida para sus hijos. En las acciones de Barcelona y otros lugares, las mujeres trabajadoras y del pueblo, apedrearon los oficinas y locales donde se guarecen los falangistas, las oficinas de Abastos y los Ayuntamientos, porque saben que allí se encuentran los que trafican con la sangre y la vida de sus hijos, los enemigos del pueblo.

Esas mujeres hablan por Radio España Independiente, demostrando su indomable espíritu de lucha: "¿Acaso muchas de nosotras no lloramos de dolor y de rabia al no poder dar a nuestros hijos ni siquiera eso, un pedazo de pan para acallar su hambre? Mis hijos tienen 9, 7, y 4 años. Ninguno ha comido pan decente y cuando esta primavera las madres nos echamos a la calle con los chicos en la mano, gritábamos: "queremos pan", porque ya no podemos resistir más. Maniféstemonos ante los Ayuntamientos y oficinas de Abastos; luchemos por el pan que nos pertenece".



"Manuela Sánchez... cuando a cambio de su vida, pudo asegurar la retirada de un destacamento guerrillero que debían salvar..."

Actualmente, cuando los peligros de guerra se agravan, cuando España ha sido vendida por la camarilla franquista a los bandoleros yanquis, las mujeres españolas ocupan el lugar que les corresponde en la lucha sagrada por la paz y la independencia de España.

“¡Fuera de España los yanquis!”, fué el grito de los huelguistas de Barcelona y es el grito que sale del corazón de todas las mujeres patriotas, cualesquiera que sean sus tendencias políticas o sus creencias religiosas. Fieles a las mejores tradiciones de lucha de nuestro pueblo, las mujeres crispan los puños de coraje cuando la bota de los ocupantes extranjeros pisotea nuestra soberanía nacional y se unen contra ellos y contra la vil camarilla que les abrió las puertas de España, en la lucha patriótica por la paz, por la democracia, y por sus hijos.

Conscientes de que, como afirma Dolores Ibárruri, “Por encima de todas las diferencias y de todos los criterios e intereses dispares, el objetivo fundamental de todas las fuerzas antifranquistas debe ser acabar con el franquismo, defender la paz, impedir que España sea arrastrada a la guerra al servicio y en beneficio de los imperialistas yanquis”, las mujeres españolas contribuirán con sus esfuerzos, unidos a los de todo el pueblo, a la formación de un poderoso Frente Nacional para la lucha contra el fascismo, por la paz y la salvación de España.





Presentación de España al Estado Mayor yanqui

Por Jorge SEMPRUN

*Tiembla el ardor de julio sobre El Pardo.
Llegaron los caimanes y se abrieron
de par en par las puertas de palacio;
todo sonrisas los esperaba Franco.*

Llegaron los caimanes, ya llegaron.

*El caimán almirante iba primero,
y en el desierto helado de su cráneo
silba la estela de grandes bombarderos
y se vislumbra un mapa desolado.*

Llegaron los caimanes, ya llegaron.

*Caimán embajador, gordo banquero,
hijo del alba sucia del dólar y del llanto,
¿te imaginas, fumándote un cigarro,
que ya tenéis a España en vuestra mano?*

Ya están Sherman y Griffis en El Pardo,
 Ya están los gringos, los yanquis. Su lacayo
 ya les está vendiendo carne y sangre del pueblo,
 y el agua de sus mares, las bahías
 donde las algas abren rosas frías
 de yodo, y el cielo de nuestros olivares,
 tan limpio en las auroras de azahares,
 para los negros pájaros de metal y de muerte.
 Mal trato, Truman, malo, que esa sangre
 guarda en su cauce oculto una alborada
 de siempreviva voz, de estrella enarbolada.
 Mal trato, Truman, malo, que este pueblo
 ha gritado ya al mundo un juramento:

¡Que la guerra no, nunca la guerra,
 nunca la haremos a la Unión Soviética!
 ¡Que la guerra no, nunca la haremos
 a nuestros hermanos de los libres pueblos!
 ¡Que la guerra no y que no a la guerra
 y que no la haremos a la Unión Soviética!

Ya tiene usted sus bases, Presidente,
 y usted puede reirse, Mister Stanton,
 jefe de gang con gafas de universitario.
 Pero en su boca haremos que se hiele
 esa risita, Griffis. Lo que Franco
 os vendió os lo quitará el pueblo.

¿No conocéis España acaso?
 No muy lejos del Pardo,

por entre las encinas fraternales,
 fluye en su lento cauce el Manzanares,
 ¡oh río diminuto de insondable recuerdo!

Tiemblen los yanquis, tiemblen; su ribera
 para siempre marcará la frontera
 invisible del pueblo victorioso.
 Allá se alzó, noviembre nebuloso,
 la cosecha de acero y dinamita,
 y allá la voz que al mundo entero grita:
 Morir, si hay que morir, morir luchando;

¿No conocéis España acaso?

Dicen que os dieron Cádiz, Cartagena,
 Santa Cruz y El Ferrol, y yo quisiera
 que contempléis el alma de mi tierra,
 ciegos yanquis, y que escuchéis su voz,
 que grita no a la muerte y no a la guerra.

*Cádiz sueña en su bahía,
paisaje de sal marina,
viejas tierras sumergidas
en las pleamares vivas.
Puerto de Santa María
duerme en su manto de arena,
y hacia Santa Catalina
murmura la mar su pena.*

*Pero no duermen, no, que están alerta,
cálida sangre en vela; que despierta,
la cólera crujiente arremolina
la memoria inmortal de la Bahía.*

*Cortes de Cádiz proclaman,
en marzo del año doce,
la libertad en España.
Frente a la espuma de plata
de la Bahía, se yergue
rumor de júbilo verde
del pueblo que canta y baila.
¡Las Cortes vivan, las Cortes,
viva el pueblo soberano!
También en la luz de marzo
se alza una voz pura y fuerte
de profundo fuego humano:
¡La independencia o la muerte!
Pero esa muerte es la vida
que se entrega y se ilumina
con heroicos resplandores;
y es que en sus manos el pueblo
toma su destino y grita
que mueran los invasores.
Juan Martín, Empecinado,
héroe de la patria en armas,
tu bandera se ha salvado
de oscuro cauce de lágrimas.
Y en el mismo mes de marzo
de aquellas Cortes de antaño,
tu bandera ha flameado
de Barcelona a Vizcaya
y de Madrid a Navarra.*

*Y es que es la misma lucha, la misma perspectiva,
contra los invasores, por el pan y la vida.
Y es que es el mismo anhelo pacífico del pueblo:
contra una guerra injusta, la Columna de Riego,
por una misma causa en España y América;
contra el envío de hombres a la Unión Soviética*

para apagar la joven estrella proletaria
 desplegaron las masas su lucha solidaria;
 contra la expedición de saqueo en Marruecos
 y tanta muerte inútil de jóvenes soldados,
 ya se alzó Barcelona, ¡oh semana de gloria
 que ninguna calumnia borrará de la historia!
 Y ahora es el mismo anhelo pacífico del pueblo.

¿Qué dice el mar, la graviota en el viento,
 qué dice el encinar, qué dice Gredos,
 Mulhacén o Moncayo? ¿Qué dice el lento Duero,
 la resaca sin fin en Machichaco,
 y el águila en Pancorbo y en Buitrago
 los novillos de lumbre en pasto amargo?

¡Mueran los invasores norteamericanos!

¿Qué dice el albañil en sus andamios,
 y el minero en la sombra, los obreros
 del textil y del hierro, los pobres jornaleros,
 qué dicen? ¿los oís? ¿Y los días desiertos
 de la madre enlutada? ¿Qué gritan los muchachos
 que quieren despertar la triste rosa de los vientos
 de su vida, que no quieren cuarteles sino claustros
 para el estudio limpio, los trabajos humanos?

¡Mueran los invasores norteamericanos!

Ese es el eco, Truman, que levantan sus pasos;
 de río a río, de ciudad a ciudad, ese es el eco.

Madrid, capital bravía,
 Barcelona proletaria,
 Cádiz quieta en su bahía,
 y Málaga solitaria.

Valencia de naranjales
 y Salamanca dorada,
 Santander de temporales
 y Sevilla enamorada.

Bilbao de los astilleros
 y Granada del ensueño.
 ¡Oh país de guerrilleros,
 no será nunca tu dueño

feroz yanqui millonario!
 ¡Limpia piel de toro herido
 en que crece legendario
 el aliento del Partido!

Porque en la lucha, ¿quiénes en vanguardia?
 ¿Quiénes ahora al frente de las masas,
 quiénes, a cada instante, proclamamos
 que en la entraña del pueblo hay energía
 bastante para imponer la paz y la alegría?

¡Los comunistas en primera fila!

Tiemblan los yanquis, pues; ya llegó el día.
 Por un Pacto de Paz ya dan su firma
 novias y madres, soldados y estudiantes,
 campesinos y obreros, todos los españoles.
 ¡Pacto de Paz contra los invasores,
 contra su triste y sórdido lacayo!
 Y es que la paz acabará con Franco.

Vendrá la madre, de llanto encanecida:
 mi firma doy porque quiero la vida
 para el fruto sagrado de mi sangre.
 Vendrá la novia que quiere un horizonte
 de trabajo y amor y tierno abril.
 Y el soldado vendrá: yo nunca mi fusil
 dispararé contra mi propia estrella,
 no he de luchar contra la Unión Soviética.
 Los obreros vendrán, los campesinos,
 con su común cantar de acero y trigo.
 Vendrán los españoles por millares.
 por millones vendrán. Los estandartes
 de este combate unánime son pliegos
 donde estampa su firma todo el pueblo.

¡Por un Pacto de Paz los españoles,
 pacto de paz contra los invasores,
 contra su triste y sórdido lacayo.
 Y es que la paz acabará con Franco!



Alfonso X el Sabio

Cómo son los tiranos

Tirano tanto quiere decir como señor cruel que se apodera de algún reino o tierra por fuerza o por engaño o por traición; y éstos son de tal naturaleza, que después que están bien afianzados en la tierra, no quieren más que hacer su propio deseo, aunque sea dañando la tierra de todos, porque siempre viven con la sospecha de perder. Y para que pudieran cumplir deseos más desembarazadamente, dijeron los sabios antiguos que usaron su poder contra los del pueblo en tres formas: la primera es que pugnan porque los de su señorío sean siempre necios y medrosos, para que cuando llegue el caso no osen levantarse contra ellos, ni contra sus voluntades; la segunda, que tengan desamor entre sí, de manera que no se fíen unos de otros, pues mientras vivieran en tal desacuerdo no osarían decir nada contra él, por miedo de que no guardasen entre sí ni fe ni secreto; la tercera razón es que pugnan por hacerlos pobres y meterlos en tan grandes quehaceres, que nunca puedan tener fin, para que siempre vean tanto en su mal que nunca traten de hacer cosas contrarias a su señorío, y sobre todo esto siempre trataron los tiranos... de matar a los intelectuales y prohibieron en sus tierras las cofradías y ayuntamientos de hombres, y aún trataron de saber lo que se decía y hacía, fiando más su consejo y la guarda de sus cuerpos en los extraños que les sirven a su voluntad que en los propios..."

(Código de las Siete Partidas)
Siglo XIII

La oligarquía financiera en la economía nacional *

Por FELIPE M. ARCONADA

ANTE nuestros ojos, a un ritmo que se acelera de día en día, asistimos a la transformación de España en una semicolonias del imperialismo yanqui, abocada en forma inmediata a convertirse que éste prepara.

en base avanzada de primera importancia en la guerra de agresión

El régimen franquista, para el cual la presencia de los norteamericanos en España y el desencadenamiento de la guerra constituyen la única esperanza de prolongar su existencia, aporta a estos planes toda su colaboración, orientando más y más, con la ayuda y en beneficio de la oligarquía financiera, toda la economía del país en la dirección de la guerra; consume a estos fines, cada vez en mayor proporción, los recursos materiales y humanos disponibles y arroja sobre la economía nacional una carga insoportable que precipita su descomposición y su crisis, sumiendo al pueblo en la miseria sin fondo, arruinando a millares y millares de pequeños industriales y comerciantes y lesionando gravemente los intereses materiales incluso de capitalistas que hasta hace poco disfrutaban en el marco del régimen de una situación de verdadero privilegio.

Como ha dicho Dolores Ibárruri en su reciente artículo *La lucha del pueblo español español contra el franquismo*:

“Exceptuando a una pequeña minoría de banqueros y de grandes industriales ligados con los trusts y las finanzas internacionales, en beneficio de los cuales se desarrolla la política del gobierno franquista, todas las fuerzas activas del

* El presente artículo del camarada Felipe M. Arconada, es una parte del trabajo que, con el título de ESPAÑA, COLONIA YANQUI (La penetración del imperialismo norteamericano y la evolución actual de la situación económica del franquismo), aparecerá próximamente publicado por la Editorial Nuestro Tiempo, que iniciará así una serie de publicaciones sobre temas literarios, culturales, históricos, económicos, etc.

país han sido lesionadas en sus intereses por la desastrosa política de la camarilla del general Franco”.

El capital financiero, esa fuerza “tan considerable”, como la llamó Lenin, penetra por todos y cada uno de los poros de la economía nacional, determinando la orientación de su desarrollo, que se produce en beneficio exclusivo de las castas dominantes, de la oligarquía financiera-terrateniente, cuyos intereses representa y sirve el régimen franquista. Como afirmaba Lenin:

“El predominio del capital financiero sobre todas las demás formas de capital implica la situación dominante del rentista y de la oligarquía financiera”. (*El imperialismo, fase superior del capitalismo*”. Obras escogidas. Tomo I. página 1002).

Al examinar de una manera somera el papel y el peso específico de la oligarquía financiera en nuestro país hemos de referirnos a los llamados *seis grandes*, esto es: a los Bancos Hispano-Americano, Español de Crédito, Central, Bilbao, Vizcaya y Urquijo.

Para comprender y deducir el incremento extraordinario de su poderío y de su peso en el conjunto de la economía nacional, basta examinar la evolución de sus beneficios, tomando como base comparativa el año 1935.

EVOLUCIÓN DE LOS BENEFICIOS DE LA GRAN BANCA

Años	Pesetas	Indice
1935	56.559,200	100,00
1945	217.269,600	384.14
1949	396.338,900	700,75
1950	468.835,100	828.92

En este conjunto de aves de rapiña destaca por su particular voracidad el Banco Central, cuyos beneficios han pasado de 3.450.486,50 pesetas en 1935 a 24.105.909,62 en 1945 y a 86.958.581,83 pesetas en 1950, o sea, un incremento ¡del 2.420,18 por ciento en relación con 1935!

Como puede verse, 1950 ha sido particularmente provechoso para la gran Banca —exactamente como lo está siendo el año actual— que aumenta sus beneficios en un 18,29 por ciento sobre 1949. Y ello, según lo han reconocido en todos los informes y Memorias de sus ejercicios, gracias a las alzas de precios y tarifas decretadas a lo largo del año por el gobierno franquista. Pero el incremento de los beneficios, con ser tan expresivo, no basta para reflejar el crecimiento del poderío de la oligarquía financiera y de su peso específico dentro de la economía nacional.

Más significativa todavía resulta la comparación de lo que representan esos grandes Bancos citados en el conjunto de la Banca Privada, y de los cambios que se observan en la proporción correspondiente. Tomando el conjunto del capital desembolsado más las Reservas de la Banca Privada, en comparación con el capital y las reservas de esos seis grandes Bancos, puede establecerse el siguiente cuadro:

CAPITAL DESEMBOLSADO MÁS RESERVAS
(en millones de pesetas)

Años	Banca Privada	6 grandes Bancos	%
1925	1.044,6	491,7	47,06
1945	2.651,1	1.552,8	58,57
1950	5.140,4	3.199,1	62,23

RESERVAS SÓLO

Años	Banca Privada	6 grandes Bancos	%
1925	287,4	158,5	55,15
1945	984,0	673,7	68,46
1950	2.347,0	1.724,0	73,45

CARTERA
(Fondos públicos más val. industriales más letras de cambio)

Años	Banca Privada	6 grandes Bancos	%
1925	3.057,8	1.561,3	51,05
1945	20.797,4	13.841,4	66,56
1950	47.106,4	33.398,4	70,89

Dentro de la Cartera, la parte de los grandes Bancos, por lo que se refiere a valores industriales (acciones y obligaciones de las empresas) ha pasado del 59,49 por ciento en 1945 al 64,40 por ciento en 1950. En las letras de cambio, del 65,89 por ciento en 1945 al 74,79 por ciento en 1950.

CRÉDITOS CONCEDIDOS

Años	Banca Privada	6 grandes Bancos	%
1925	1.490,6	702	47,09
1950	17.455,5	11.618	66,55

ACREEDORES (CUENTAS CORRIENTES)

Años	Banca Privada	6 grandes Bancos	%
1925	3.358,7	2.200,8	65,52
1945	30.146,5	19.942,5	66,15
1950	70.095,0	47.113,6 (1)	67,21

(1) En las correspondientes al Banco de Vizcaya, falta la partida de Banco y Banqueros; manteniendo sólo la cifra de 1949 (558,3 millones), este total resultaría ser de 47.671,9 y el tanto por ciento de 68,01 en lugar de 67,21 que figura en el cuadro.

ACTIVO TOTAL

Años	Banca Privada	6 grandes Bancos	%
1925	8.394,8	3.666,2	43,67
1945	39.645,8	24.993,1	63,04
1949	76.648,9	50.071,8	65,32

Para completar la visión de conjunto diremos que el número de sucursales y agencias de cinco de estos Bancos (el Urquijo es un banco industrial que sólo tiene siete establecimientos), ha pasado de 319 en 1925 a 1.230 en 1945 y a 1.432 en 1950. Por los datos que se conocen hasta primeros de septiembre de 1951, estos cinco grandes Bancos habían aumentado en 17 sus sucursales, con lo cual, hasta esta fecha, el número total de sucursales es el de 1.449, prosiguiéndose el proceso de aumento rápido de agencias y sucursales, diciendo al respecto la revista *El Economista*, del 1-IX-51:

“Parece apreciarse entre los Bancos un deseo decidido de expansionar su organización de agencias y sucursales, y ya no se trata solamente de aumentar la red de dependencias de Madrid; ahora se busca una mayor extensión de la red por toda España”.

Resulta, pues, que seis grandes Bancos de un total de 139 que existen en España, disponen del 65.32 por ciento del activo total; del 73,45 por ciento de las reservas; del 64,40 por ciento de los valores industriales; manejan el 74,79 por ciento de todas las letras de cambio giradas; el 66,55 por ciento de todos los créditos concedidos y en sus arcas está depositado más del 68 por 100 de todas las cuentas corrientes.

Hoy puede decirse que no se crea una sola empresa de importancia en el país que no sea patrocinada por uno de estos Bancos; que no es posible colocar en el mercado una sola emisión o ampliación de capital, si no lleva su respaldo; que la inmensa mayoría de los empresarios, industriales y comerciantes que necesitan un crédito o negociar una letra de cambio, tienen que pasar inexorablemente por las horcas caudinas de estos seis vampiros.

Recordemos las enseñanzas de Lenin acerca de cómo utiliza la oligarquía financiera los resortes del crédito, de la negociación de capitales, de la multiplicación del número de sucursales, para deducir el tremendo poder de esclavización y de expoliación que tienen en sus manos y que utilizan a fondo para incrementarlo más cada día y a un ritmo más rápido. En *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escribió Lenin:

“Al llevar una cuenta corriente para varios capitalistas, el banco, al parecer, realiza una operación puramente técnica, únicamente auxiliar. Pero cuando esta operación crece en proporciones gigantescas, resulta que un puñado de monopo-

listas subordina las operaciones comerciales e industriales de toda la sociedad capitalista, obteniendo la posibilidad — por medio de sus relaciones bancarias, de las cuentas corrientes y otras operaciones financieras— primero, de *enterarse* con exactitud del estado de los negocios de los distintos capitalistas, y después, de *controlarlos*, de ejercer influencia sobre ellos mediante la ampliación o restricción del crédito, facilitándolo o dificultándolo, y finalmente, de *determinar enteramente* su destino, de determinar su rentabilidad, de privarles de capital o de permitirles acrecentarlo rápidamente y en proporciones inmensas, etc.” (*Obras escogidas*. Tomo I. Pág. 977).

Las cifras que hemos dado en los cuadros anteriores, con ser tan gráficas, no reflejan todavía la realidad, ya que:

a) El Hispano-Americano y el Urquijo tienen un acuerdo de colaboración en virtud del cual, el uno actúa como Banco industrial y el otro como Banco comercial, participando en común de todos los negocios.

b) Los Bancos Bilbao y Vizcaya, participan en común en la financiación de innumerables negocios eléctricos, mineros, siderúrgicos, etcétera.

c) Para llegar a los cómputos señalados nos hemos atenido estrictamente a los Balances de los bancos citados, pero no se puede olvidar que cada uno de ellos controla, a su vez, a toda una serie de bancos regionales y locales que siguen figurando como independientes. Por ejemplo: el Banco Central controla los Bancos Santander (que en 1951 dispone ya de 61 sucursales en toda España), Valencia y Popular Español; el Banco Urquijo, controla al Banco de Crédito Industrial y al Mercantil de Tarragona; el Hispano-Americano, al Banco San Sebastián; el Bilbao, al Banco de Comercio (de Bilbao) y al Banco Asturiano de Industria y Comercio; etc.

d) El proceso de concentración continúa y se acelera cada día. Sólo en el mes de julio último se han anunciado las siguientes absorciones: del Banco de Crédito de Zaragoza, por el Banco Central, el cual, después de absorber también al Banco Hispano-Colonial, acaba de realizar la de la Banca Fernández Villa Hermanos, de Burgos; del Banco Aragonés de Crédito y del Banco Menorquino de Crédito, por el Banco Español de Crédito; de la Banca Timoner, Castell y Cía., de Baleares, por el Banco Hispano-Americano y de la Banca Brunet, de San Sebastián, por el Banco Zaragozano.

“Hemos subrayado la indicación relativa a los bancos adheridos —decía Lenin— porque esto se refiere a una de las particularidades características más importantes de la concentración capitalista moderna. Los grandes establecimientos, particularmente los bancos, no sólo absorben directamente a los pequeños, sino que los *incorporan*, los subordinan,

los incluyen en su grupo, en su consorcio (*Konzern*) —según el término técnico— por medio de la *participación* en su capital, de la compra o del cambio de acciones, del sistema de crédito, etc.” (Obra citada. Tomo I. Pág. 974).

El extraordinario poderío de la oligarquía financiera se refleja también en la cuantía de los fondos que maneja. En 1950, tres de los seis grandes Bancos tenían un activo superior a los presupuestos generales del Estado franquista (Presupuestos para 1950 = 17.940,9 millones. Activo: Banco Central = 19.035 millones; Banco Español de Crédito = 31.935,3 millones; Banco Hispano-Americano = 36.202,8 millones). Un cuarto banco, el de Bilbao, casi los igualaba con un activo de 17.781,5 millones de pesetas. En 1950, los seis grandes Bancos tenían un activo de 124.001,9 millones de pesetas, es decir, 6,9 veces los presupuestos del Estado franquista de ese año.

Y no es eso todo, naturalmente. El Balance es una cuenta estática. Debe reflejar la situación del Banco en un día determinado, en estos casos, el 31 de diciembre. Pero a lo largo del año, el dinero pasa y repasa multitud de veces por las ventanillas de los Bancos, dejando cada vez sus huellas de oro — huellas de la sangre y el sudor de los obreros— en los tentáculos del pulpo bancario. Así, por ejemplo; el Banco de Bilbao manejó en 1950 la fabulosa cantidad de 340.455 millones de pesetas, esto es, casi 19 veces el monto total de los presupuestos del Estado y 11 veces el de la circulación fiduciaria. Es decir, que hasta el último céntimo de los españoles pasó por sus manos once veces a lo largo del año. Son fáciles de imaginar las posibilidades de control e intervención, el instrumento de “dominación y violencia”, como decía Lenin, que esto representa, cuando afirmaba:

“Las relaciones de dominación y de violencia —violencia que va ligada a dicha dominación: —he aquí lo típico en la *nueva fase del desarrollo del capitalismo*; he aquí lo que inevitablemente tenía que derivarse y se ha derivado de la constitución de los monopolios económicos todopoderosos. (Obra citada. Tomo I. Pág. 970).

Ello explica el carácter fabuloso de los beneficios que obtienen los Bancos; y que en modo alguno reflejan los declarados. El Banco Español de Crédito, cuyas entradas en Caja en el año 1950 fueron de 109.455,3 millones de pesetas, con un capital desembolsado de 263,6 millones, confiesa que obtuvo beneficios brutos por 393,2 millones, es decir, un porcentaje de plusvalía de 149,1 por 100. Incluso deduciendo todo lo que ellos quieren incluir en gastos generales, queda un beneficio neto de 118,2 millones de pesetas, es decir, un 44,8 por ciento de porcentaje de plusvalía.

La característica que Lenin señalaba de que el sistema bancario permite a la oligarquía financiera manejar grandes masas de dinero ajeno, con una cantidad muy reducida de dinero propio, se presenta en la gran Banca del país de forma muy acusada. Los seis grandes

Bancos dispusieron en 1950, con sólo 1.475,1 millones de pesetas de capital propio desembolsado, de más de 47.671,9 millones de pesetas de dinero ajeno, esto es, de 32,31 pesetas ajenas por cada peseta propia. (En 1925, esta proporción era de 6.60 por 1). Incluso incluyendo en el capital propio las reservas (beneficios anteriores acumulados), que es como gustan de presentarlo los economistas burgueses para no asustar demasiado a los incautos, esta proporción resulta todavía de 14,90 pesetas ajenas por cada una *propia*. (En 1925, era de 4,47 por 1).

“Los bancos, en todo caso, en todos los países capitalistas, cualquiera que sea la diferencia entre las legislaciones bancarias, intensifican y aceleran enormemente el proceso de concentración y de constitución de monopolios”. (Lenin. Obra citada. Tomo I. Pág. 979).

Este inmenso poderío está literalmente en manos de un puñado de tiburones capitalistas. El Banco Central tiene 550,000 acciones. En su Junta general de este año estuvieron representadas en la Asamblea 429,569 acciones. Pues bien, Ignacio Villalonga sólo, se presentó llevando en la mano 234.000 acciones, la mayoría absoluta. Con su solo voto podía decidir de la utilización de los 19.035 millones de pesetas del activo del Banco. (Villalonga era hasta 1939 un empleado de Banco, en Valencia. Hoy figura, además de ser Presidente del Banco Central, en multitud de consejos de administración de empresas industriales. Pero detrás de él, en la Asamblea, estaban las sombras de los imperialistas yanquis, que lo sostienen a fondo, de Juan March, de Muñoz Ramonet, dos de los grandes tiburones, y..... de la Acción Católica).

“En efecto —decía Lenin—, la experiencia demuestra que basta con poseer el 40 % de las acciones para disponer de los negocios de una sociedad anónima, pues cierta parte de los pequeños accionistas dispersos no tienen en la práctica ninguna posibilidad de tomar parte en las asambleas generales, etc.” (Obra citada. Pág. 991).

Exactamente lo mismo ocurre con las empresas de importancia, totalmente controlados por los imperialistas y los Bancos. En la Junta de la Compañía Española de Petróleos, S. A. (CEPSA), estuvieron representadas 432,461 acciones. Pues bien, el mismo Villalonga llevaba, entre las propias y las de sus Bancos (Central y Santander), 245,487 acciones, la mayoría absoluta, confirmándose una vez más la tesis leninista de que:

“Paralelamente se desarrolla, por decirlo así la unión personal de los bancos con las más grandes empresas industriales y comerciales, la fusión de los unos y de las otras por la posesión de las acciones, la entrada de los directores de los bancos en los consejos de vigilancia (o administración) de las empresas industriales y comerciales, y viceversa”. (Obra citada. Pág. 983).

La oligarquía financiera, como los buitres que se alimentan de la carroña, prospera y se fortalece mientras más aguda es la crisis económica, mientras mayor es el número de los que se ven arrastrados a la liquidación y a la quiebra. Cuanto mayor es la necesidad de crédito que siente un empresario, más onerosas son las condiciones que le impone la gran Banca. Las 472,164 letras de cambio, por 4.071,4 millones de pesetas, protestadas en 1950 por falta de pago, representan otros tantos tropiezos y dificultades, y en muchos casos, la ruina completa de millares y millares de modestos industriales y comerciantes. Para la gran Banca, por el contrario, constituyen un *método normal* de incrementar sus beneficios con los intereses de mora, renovación o protesto, y en muchas ocasiones, la oportunidad de quedarse con negocios y empresas a precios irrisorios en los innumerables juicios ejecutivos que a su demanda se entablan.

Continuamente, en la prensa financiera, en las revistas de las Cámaras y organismos oficiales, en las informaciones de Bolsa, en los discursos de los falangistas, se habla de la escasez de dinero, de la carencia de capitales. Estas afirmaciones se repiten con monótona insistencia por los propios capitostes de la oligarquía financiera en sus Informes y Memorias. Se trata de la más burda de las mixtificaciones, de una ignominiosa campaña montada en todas sus piezas y sostenida arteramente para intentar acallar la indignación y la protesta de los trabajadores, porque para ellos sí que no hay dinero; ellos sí se mueren de hambre con sus 16 pesetas de jornal medio, el que tiene trabajo; para engañar al empresario a quien se niega un crédito de unos miles de pesetas, mientras se abren, y por cientos de millones, a las grandes empresas; al comerciante modesto que ve desierta su tienda por la falta de poder adquisitivo de su clientela, y vive bajo la continua amenaza de los vencimientos de pagos; al capitalista independiente que ve que su empresa se retrasa y envejece, falta de capitales, mientras filiales de los monopolios yanquis y de los grandes Bancos se modernizan y le desalojan del mercado con la competencia.

El dinero está ahí, en manos de la oligarquía financiera. Lo hemos visto y por cientos de millones de pesetas, producto de la sobreexplotación de la clase obrera, realizada con una brutalidad, con una intensidad como no se había conocido en la historia de nuestro país. Pero ese dinero se lo llevan los imperialistas yanquis, se gasta sin tasa en la preparación de la guerra o desaparece en las fauces insaciables de la oligarquía financiera.

Para todo lo demás, no hay dinero. Ni para atender a las más apremiantes necesidades del país, ni para llevar agua a las tierras sedientas, ni para dotar de techo a los cientos de miles de españoles que viven en cuevas, ni para poner coto a los estragos de la tuberculosis y otras enfermedades que son hoy bajo el franquismo como una plaga bíblica, ni para abrir escuelas para los dos millones y medio de niños que carecen de ellas.

No hay dinero. Ni mucho menos para pagar a los obreros un salario que les permita vivir decentemente, haciendo frente al alza constante de la vida, de los productos de primera necesidad; para reducir

el fardo de las contribuciones e impuestos de los pequeños industriales y comerciantes; para abrir créditos baratos y a largos plazos para los empresarios modestos y para los campesinos pobres.

Tal es, en sus rasgos generales, el omnímodo poder, el peso de la oligarquía financiera en nuestro país. Y así vemos perfilarse, una vez más, la criminal trilogía responsable de la ruina y el desastre de España: el imperialismo yanqui, la oligarquía financiera y el instrumento político de ambos, la camarilla gobernante de vendepatrias y estraperlistas franco-falangistas ya que, como dijo Lenin:

“La *unión personal* de los bancos y la industria se completa con la *unión personal* de ambas con el gobierno”. (Obra citada. Pág. 984).

En una España deshecha, con una economía en ruinas, con un pueblo reducido al extremo límite de la miseria, la oligarquía financiera-terrateniente multiplica sus fabulosos beneficios, acrecienta su poderío, acumula en sus manos no sólo la parte del león de la plusvalía nacional, que no se llevan los yanquis o se gasta en la preparación de la guerra, sino lo que constituía el patrimonio y la riqueza de miles y miles de comerciantes, de industriales pequeños, medianos y grandes, de capitalistas, en fin, que son desposeídos por el proceso de concentración capitalista, arrojados del mercado, arruinados totalmente.

La conclusión del pacto bilateral de venta de España al imperialismo yanqui, el comienzo de la ocupación en masa del territorio nacional, van a agudizar en extremo, a exacerbar considerablemente todos los factores que actúan para transformar a España en una colonia, después de haber destrozado su economía, completado su ruina y reducido el país a la esclavitud.

Ahora se camina partiendo de un punto en que la situación era ya insostenible. Los nuevos y cuantiosos gastos de guerra, una orientación aún más pronunciada de los recursos disponibles en la dirección bélica, multiplicarán en proporción geométrica los efectos desastrosos de la honda crisis que padece el régimen franquista.

La conjugación de los agresivos designios bélicos de los imperialistas yanquis y del servilismo interesado de los franquistas, aboca el país a una carrera desenfrenada hacia su conversión en plaza de armas atómica al servicio de la guerra que preparan contra la Unión Soviética, las democracias populares y los pueblos.

“.....en una situación como la que existe actualmente en España —ha afirmado Dolores Ibárruri en su reciente artículo *La lucha del pueblo español contra el franquismo* —de desquiciamiento general de la economía, de atraso industrial, de insuficiente producción agrícola y de falta de materias

primas, la preparación bélica impuesta por los americanos significa en un plazo brevísimo una agudización sin precedente de la miseria de las masas, ya que la preparación de un país para la guerra entraña restricción de la producción civil, acumulación de reservas, encarecimiento vertiginoso de los productos de primera necesidad, disminución del nivel de vida de las masas y empobrecimiento general del país.

Ello ha de llevar como consecuencia inevitable a la agudización de la crisis, crisis que sólo podrá ser resuelta por la lucha revolucionaria de las masas”.

En estas condiciones, unidas a otras circunstancias, el grado de concentración capitalista y de monopolio en las finanzas y en los sectores industriales básicos se manifiesta en nuestro país de una manera extremadamente elevada, que, supera incluso el grado alcanzado en otros países capitalistas.

Una demostración de ese proceso la acabamos de ver en el peso específico que representa la oligarquía financiera, particularmente de los seis grandes Bancos, en el conjunto de la economía nacional.





El primer Ejército Popular español, 1808-1814

Por José IGNACIO MANTECON

COSTITUYE un error vulgar bastante extendido considerar al ejército español el factor determinante del proceso político de nuestro pueblo, desde principios del siglo XIX hasta nuestros días. Es un hecho innegable que, con excepción del establecimiento de la primera y segunda repúblicas, todos los cambios de dirección del régimen político fueron decididos, y en su mayoría, impuestos por pronunciamientos militares, al margen de todo contacto con las fuerzas populares; singularmente a partir del año de 1854, como dice Carlos Marx en su estudio *La revolución española* (p. 114 de la ed. española). Este hecho ha producido el fenómeno de que se haya tomado el efecto por la causa y se haya adoptado el fácil y sencillo camino de dejar reducida nuestra historia contemporánea a una serie de golpes pretorianos, vehículo de la ambición de generales aventureros, mo-

Grabado: Episodio del 2 de mayo de 1808, en Madrid. Cuadro de M. Castellano.

vidos por bajas pasiones y sórdidos intereses personales, cuando, en realidad, no eran éstos y aquéllos sino las cuerdas de que se servían los verdaderos artífices de la política española, representantes de los intereses económicos y sociales, verdaderamente determinantes, para manejar, a su antojo, aquellos títeres.

Conseguían con ello las fuerzas reaccionarias, dos singulares ventajas adyacentes al fin primero y principal, que era a través de los militares, alcanzar la conquista y disfrute del poder político.

La primera, producir en el pueblo español, en sus clases más vitales durante el siglo XIX, antes de la aparición de la clase obrera en el terreno político, la burguesía y la pequeña burguesía de la ciudad y del campo, artesanos, obreros y campesinos pobres y sin tierra, un sentimiento de desapego hacia la actuación política directa, una atonía creciente ante las posibilidades de adoptar posiciones de lucha, que llega a su climax durante la regencia de María Cristina y primeros años del reinado del Alfonso XIII, y el abandono de la vida pública a grupos de políticos profesionales, que, a la sombra de las capitanías generales, administraban el país como un gran negocio en beneficio suyo y del capitalismo inglés, francés y belga dominantes, en aquel tiempo, en las inversiones extranjeras en España.

Fué la segunda, abrir un abismo de incompreensión entre el pueblo y las fuerzas armadas, crear en el español medio una extraña y profunda mezcla de odio y desprecio por lo militar, que le condujo a abandonar todo trabajo y esfuerzo para abrir los ojos de quienes, en el fondo, eran, como ellos, víctimas también de esa pérfida y hábil dirección, que consiguió hacer del ejército español un núcleo "reaccionario, dominado por el espíritu de casta, un nido de la contrarrevolución", como dijo José Díaz.

Cierto que este mismo fenómeno —el antimilitarismo— se produce simultáneamente en todos los países europeos; pero en España adquiere una característica especial. En las demás naciones se lucha contra el ejército como una representación más del poder del Estado burgués contrario a los intereses de las clases populares; en España se personaliza en el ejército la rebeldía contra la superestructura directora.

Y por ello, se aceptó como un hecho natural, lo que era producto de una cautelosa maniobra, mantenida por cuantos ocuparon el poder desde el año de 1814, y se adoptó un criterio derrotista que servía el interés de las capas más reaccionarias, que con tenacidad e inteligencia, fueron violentando el destino histórico del moderno ejército español, cuyo nacimiento y primer desarrollo, que estaba tan lleno de promesas para nuestro porvenir progresista, fué desviado por las fuerzas representadas en la monarquía en su incesante labor de corrupción, que encuentra hoy su continuación y ápice en el régimen de Franco y la Falange.

Siguiendo esta trayectoria, la historia militar, como casi todos los restantes aspectos de nuestro pasado, fué abandonada a la interpretación de los intelectuales conservadores y reaccionarios y se permitió que el militar creyera que su profesión le unía imprescriptiblemente a la reacción, cuando un

atento estudio de la realidad histórica nos llevará a concluir que las auténticas y gloriosas tradiciones de las armas españolas están unidas a la lucha por la democracia, la libertad e independencia del pueblo.

EN este estudio podemos partir, como pocas veces en la historia, de puntos concretos y precisos, ya que el ejército moderno español nace con la guerra de la Independencia, iniciada en el año de 1808 y que sirvió de doloroso cauce a una profunda transformación de nuestra vida, creando las condiciones necesarias para que afloraran a la vida histórica todas las fuerzas que durante la segunda mitad del siglo XVIII, iban acumulando las nuevas formas de desarrollo de la economía y del pensamiento españoles, que no tenían ni podían tener su representación en la estructura política de la monarquía borbónica.

El ejército, como los restantes instrumentos del Estado, permanecía en el citado año de 1808 completamente ajeno a los profundos cambios que en su función social y política, organización, reclutamiento y selección de mandos, había introducido la revolución francesa.

Aquel ejército, como los restantes de las monarquías absolutistas europeas, no era un ejército *nacional*; era un ejército *monárquico*, es decir, del rey y de los intereses, ideas y política que la realeza absolutista representaba. Queda todavía una frase popular que refleja perfectamente cuán profundamente caló en el hombre común este concepto monárquico de la institución militar. Nuestro campesino, para expresar su incorporación al ejército, dice: "voy a servir al rey", manifestando así, por la tendencia conservadora del lenguaje, una situación que fué real en la época a que nos referimos.

Y como tal ejército real, es decir, al servicio de las clases dominantes que mantenían en España un régimen *sui generis*, entre absolutista y semifeudal, constituía todo un sistema cerrado, sin más contacto con el pueblo que el necesario para extraer de él, por la violencia casi siempre, la masa imprescindible de soldados de filas.

De ahí su composición y organización. Los mandos procedían siempre de la nobleza; pero con una característica especial, que transparentaba sus diferentes escalas de privilegios. La oficialidad, de subteniente a coronel, estaba reservada a las clases más bajas de la aristocracia, a los hidalgos pobres, y para ingresar en ella eran precisas previas informaciones de *limpieza de sangre* y de nobleza. Es cierto que existían escuelas de oficiales en Segovia, Alcalá de Henares, Barcelona, Ocaña y Puerto de Santa María, pero podían incorporarse a la oficialidad, sin requisito alguno y por gracia real, los jóvenes de familias nobles venidas a menos, segundones de las grandes casas o gentes ricas a quienes se quería ennoblecer. El generalato, verdaderamente frondoso —ya que para un ejército nominal de 147,000 hombres, y en realidad de unos 100,000, existían 1 generalísimo, 5 capitanes generales, 88 tenientes generales, 127 mariscales de campo y 212 brigadieres— estaba reservado a las más altas capas de la aristocracia, y como eran nombrados directamente por el rey, no necesitaban pasar por la escala de mandos y destinos. Eran dos esferas prácticamente impermeables, y como señala un his-

torizador, no era extraño ver a coroneles y hasta a comandantes de 64 años, con más de 45 de servicio, mandados por brigadieres de 30 y tenientes generales de 40 años de edad.

La tropa se reclutaba: a) por el sistema del voluntariado, singularmente para las tropas extranjeras —*Guardias Valonas* y las llamadas *Tropas de la Casa Real*— y que para las fuerzas españolas estaba brutalmente desacreditado, ya que el pueblo veía en el ejército un problema que no le atañía y sólo se incorporaban a él los desechos del campo y de la ciudad; b) por las *levas* o reclutamiento forzoso de vagos y maleantes o bien de los campesinos, obreros o artesanos considerados peligrosos por las autoridades; c) las *quinias* o sorteos entre los plebeyos, y d) los incorporados por decisión de los tribunales de justicia.

Tal estructura del viejo ejército monárquico español, unida a la pobreza de nuestra industria, a la decadencia de la agricultura y a la inmoralidad de la administración pública, originó que su valor funcional fuera prácticamente nulo. Sus últimas campañas, antes de la guerra de la Independencia, demuestran lo justo de nuestra apreciación. En la guerra declarada por Carlos IV, por impulso de Godoy, a la república francesa, en mayo de 1793, tras de unos afímeros éxitos iniciales, nuestros soldados sólo cosecharon penosas derrotas, alguna ignominia, como la rendición de Figueras, y la invasión de nuestro territorio.

Este era el ejército que la Monarquía dejaba en España para enfrentarse al que había conseguido dominar a los más importantes de Europa, al de Napoleón. Conocía éste, a la perfección, toda la debilidad y podredumbre del Estado, que comprobó por su contacto directo con la familia real, nobleza, jefes del Ejército, alto clero y burócratas más distinguidos que se reunieron en Bayona; sabía el valor fantasmal del ejército español y por lo tanto, consideró fácil repetir lo conseguido en el resto de Europa, donde, previa la derrota de los ejércitos, se entregaban los gobiernos, y tras de ellos, como masas inanimadas, los pueblos.

PERO, como dice Carlos Marx en su citado estudio (pp.20-21), Napoleón “se llevó una fatal sorpresa al descubrir que mientras el Estado español estaba muerto, la sociedad española estaba llena de vida y rebosante de poder de resistencia en cada una de sus partes”. Las dos más grandes *sorpresas* de Napoleón, que arruinaron su carrera de dominación, —España y Rusia— fueron debidas, las dos, al desprecio de la capacidad de resistencia de estos dos grandes pueblos.

Las condiciones no podían ser mejores para Napoleón, ni peores para el pueblo español. Conviene recordarlas para apreciar, en su justo valor, la decisión y heroísmo de los patriotas españoles al hacer frente a la invasión extranjera y a la traición interior, y las dificultades que tuvieron que vencer para conseguir crear el primer ejército nacional de nuestra historia. Eterna lección que deben tener presente, en todo tiempo, quienes como los jefes socialistas de derecha y los anarquistas, ponen como pretexto para su inercia o traición la desconfianza hacia la capacidad revolucionaria de las masas españolas.

En virtud del tratado de Fontainebleau, concertado entre Carlos IV y Napoleón para una nueva conquista y reparto de Portugal, desde octubre de 1807 —nueve meses antes de iniciarse la guerra de la Independencia— cinco cuerpos de ejército franceses habían atravesado ya la frontera de los Pirineos. En abril de 1808, sin resistencia ni reacción alguna por parte del ejército ni del gobierno, nuestra patria estaba invadida, sin lucha, por un ejército de 110,000 hombres, aumentado en julio del mismo año a 161,000, que ocupaba los lugares básicos para aplastar toda posible resistencia. Ante la inquietud política, de la que constituían buena demostración los motines de Aranjuez y la elevación al trono de Fernando VII, Murat, nombrado jefe del ejército francés y lugarteniente, y prácticamente virrey, de Napoleón en España, aceleró su traslado a Madrid, a donde llegó el 20 de marzo de 1808, acompañado de las más escogidas fuerzas de la Guardia Imperial.

Desde Madrid, consiguió Murat acelerar la descomposición de la monarquía española, enfrentando a Carlos IV con su hijo, comprobó hasta la saciedad todo el servilismo y bajonería de los organismos del Estado e hizo que todas las personas reales, y la mayoría de las representaciones del Estado, Consejos de Castilla, Indias, Guerra, Marina, Hacienda, Ordenes y Supremo de la Inquisición, la nobleza, jefes del Ejército, el arzobispo de Toledo, etc., partieran, voluntariamente, para Bayona, donde Napoleón aceptó las abdicaciones reales y cedió la corona de España a su hermano José, a quien juraron fidelidad todos los organismos del Estado.

Esto quería decir, desde el punto de vista militar, que España, al iniciarse la guerra de la Independencia, se encontraba con su territorio ocupado militarmente por el enemigo desde los Pirineos hasta la línea del Tajo; flanqueada por las fuerzas de Junot en Portugal; con su capital guarnecida por 25,000 soldados selectos franceses a las órdenes de Murat, que disponía en ella como jefe de un ejército de ocupación.

Simultáneamente, todos los organismos del Estado habían quedado prácticamente disueltos. No existía ni el menor asomo de poder central. En las provincias y antiguos reinos, las autoridades, hechura en su mayoría de Godoy, estaban dispuestas a traicionar a su patria aceptando la monarquía de Bayona. Desde el punto de vista civil, la situación podía caracterizarse así: traición de las clases directoras, quiebra y desaparición de los organismos del Estado.

Y fué precisamente el pueblo quien apreció, antes que nadie, la gravedad de lo que en España estaba ocurriendo. Existía una fuerte tensión, dispuesta a reflejarse en hechos concretos, lo mismo en la capital que en la periferia.

EN el mes de abril de 1808, se había ya amotinado en Burgos y Toledo, protestando contra la ingerencia francesa en la política española. En Madrid, tras la sorpresa por la entrada de Murat y sus divisiones de la Guardia, era general la protesta contra los franceses. Menudeaban los incidentes entre la tropa y la población civil; se iniciaron conspiraciones en las que participaron algunos oficiales del Estado Mayor español y los heroicos capitanes de Artillería Daoiz y Velarde; el mismo Murat era objeto de manifestaciones de protesta a su paso por las calles y paseos de Madrid. Sobre este fondo de alerta popular, un incidente al parecer sin importancia:

produjo, el día dos de mayo, el levantamiento del pueblo contra las tropas de ocupación. Sin más armas que las improvisadas para el caso, sin dirección, el pueblo ataca a los invasores; todo Madrid es escenario de la lucha del paisanaje contra los franceses. Estos, haciendo uso de todos los medios guerreros de que podían disponer, dominan el ataque e inician una espantosa represión. Mientras tanto, el ejército, acuartelado por orden de la Junta y del general Negrete, permanece indiferente y deja acuchillar y fusilar al pueblo, sin más excepción que la de los oficiales del parque de Monteleón, Ruiz, Daoiz y Velarde, que unidos al pueblo, defendieron, hasta la muerte, sus puestos.

La noticia del alzamiento cunde rápidamente por España, al mismo tiempo que las autoridades dan a conocer la instauración de la nueva monarquía como consecuencia de las abdicaciones de Bayona del 5 de mayo. Toda España se enfrenta a esta difícil situación, y sin vacilaciones, se lanza a la lucha contra las fuerzas extranjeras, sin contar con otros medios que su propia decisión de ser libre. Y es que los acontecimientos le habían deparado una ocasión única. La losa que la superestructura del Estado y de los estamentos sociales dirigentes suponían para España había saltado hecha pedazos. El pueblo, materialmente oprimido por ella, recobraba su capacidad de movimiento, es decir, su libertad de acción.

La soberanía nacional, y con ella la dignidad, el derecho de libre determinación y la defensa de su vida como pueblo independiente, quedaron en manos del pueblo y España vivió, con todas las limitaciones consiguientes a la realidad histórica, unos momentos gloriosos de gobierno del pueblo por el pueblo, que encontró su expresión formal en la formación de las Juntas provinciales.

En todas partes el proceso es el mismo. El pueblo, que en gran parte no apreciaba sino el carácter nacional del alzamiento, aunque fuerzas considerables vieron en él, desde su iniciación, el comienzo de una era de regeneración política, se dirigía a las autoridades, pidiéndoles una acción decidida contra la invasión y en favor de la restauración de la monarquía tradicional. Estas se mostraban o indecisas u opuestas. Entonces, el pueblo, haciendo uso de la integridad de su poder político, destituía las viejas autoridades, constituía las Juntas y delegaba en ellas su soberanía. Estas Juntas quedaban, casi siempre, formadas por elementos de la nobleza, del clero y de lo más limpio de la vieja administración, con alguna representación, casi siempre la más despierta y eficaz, de la incipiente burguesía y del artesanado. Vigiladas y espoleadas por el pueblo, que jamás perdió su contacto con ellas, y que las reformaba o sustituía si las consideraba débiles o traidoras, rehacían sobre la marcha los órganos de gobierno, dictaban leyes, nombraban embajadores y procedían a la formación de ejércitos.

Existía pues una nueva forma de poder, nacido de una base popular, nacional, asumido por las capas más progresistas de la burguesía naciente, labradores ricos, comerciantes, intelectuales, juntamente con los artesanos y el bajo pueblo, en las ciudades, y campesinos pobres en el campo, al que se habían incorporado determinados elementos de la aristocracia, alto y bajo clero y de la burocracia del viejo régimen, constituyendo una Unión Nacional amplia, que encerraba elementos dispares, casi antagónicos, en su seno, pero que

marchaban firmemente unidos para conseguir un fin común: la defensa de España como nación independiente.

HAY un interés especial en desvirtuar esta trascendental característica del alzamiento nacional de 1808, dejándolo reducido a una explosión de los elementos más primarios del español de entonces: el patriotismo ciego, la defensa de la religión católica y la adhesión sumisa al régimen establecido, promovida por la acción del atrasado clero rural y de las capas inferiores de las órdenes religiosas. Tal interpretación es falsa de arriba abajo. Estas fuerzas tuvieron su papel e importancia, pero junto a ellas, luchando firmemente unidas a ellas, actuaban las nuevas fuerzas progresistas, que veían en la guerra contra Napoleón, la iniciación de una nueva época en la historia de España. No es esta la ocasión de estudiar en toda su profundidad este acontecimiento, pero ha sido necesario precisarlo, porque como veremos, tuvo gran importancia en la gestión del primer ejército nacional, en el cual quedó impresa esta conjunción de fuerzas dispares, que dentro de él, como el cuerpo más vivo de la nación que entonces era, siguieron su juego de choques y mutuas influencias.

Veamos cómo, a consecuencia del carácter de unidad nacional del alzamiento, el viejo ejército desaparece y se crea un nuevo tipo de fuerzas armadas. Porque al iniciarse la guerra de la Independencia, quedó prácticamente disuelto el ejército de la monarquía. Una de las primeras medidas adoptadas por las Juntas creadas por el pueblo fué la de decretar una movilización general de todos los ciudadanos, sin respetar los viejos privilegios de clase y quedando abolida la facultad de ser sustituido el llamado a filas por la inicua *redención a metálico*. Ingresaban en el ejército, por primera vez, gentes de todas las clases y condiciones sociales.

Estas fuerzas, así movilizadas, se encuadran en nuevas unidades militares, a las que se dota de una oficialidad producto también de la nueva situación. De los viejos mandos, producto de una selección a la inversa, unos se inhiben, otros traicionan abiertamente y algunos se incorporan al nuevo ejército, donde, además de ocupar puestos destacados, se dedicaron a instruir a los nuevos mandos elegidos por las Juntas, o por las mismas unidades recién creadas, entre los estudiantes, intelectuales, campesinos, comerciantes y plebeyos de mayor arranque y prestigio entre las masas. Los mandos superiores quedaron, inicialmente, en manos de los generales del antiguo ejército, como Cuesta, Blake, Palafox, Castaños, los marqueses de Solano y la Romana, Hidalgo de Cisneros, Areizaga, La Bisbal, etc. de origen aristocrático.

INICIALMENTE, los ejércitos organizados por las Juntas actuaban exclusivamente en su propio territorio y sin enlace alguno con las unidades constituídas en las restantes provincias. Más adelante, se llegan a concertar acciones combinadas, pero manteniendo cada uno su propia personalidad. Pero, desde el primer momento, el sano instinto popular apreció la necesidad de establecer un poder central que unificara la administración y el ejército, que tuvo su expresión orgánica en la constitución de la Junta Central, que a partir de diciembre de 1808, comenzó con plena autoridad

a dirigir la resistencia, gracias a la situación favorable para España, creada por las victorias conseguidas en Bailén y Zaragoza.

A partir de la creación de este nuevo poder, se constituyen órganos centrales de dirección del ejército, se organizan grandes unidades y se establece un plan de conjunto para las operaciones militares. La incapacidad de la dirección y las mismas intrigas que paralizaban la acción de la Junta Central, restaban eficacia a la incipiente organización militar y produjeron una larga serie de derrotas que culminaron en la batalla de Ocaña, donde la asombrosa ineptitud de Areizaga destruyó el más potente ejército que había conseguido alzar la Junta Central. El entusiasmo popular rehacía una y otra vez las fuerzas derrotadas por la mala dirección técnica, la insuficiencia de armamento y la penuria de abastecimientos, es decir, por la ineficacia del poder político.

Esta situación promovió una magnífica creación popular: la guerra de guerrillas, la primera guerra de guerrillas que aparece en la edad moderna, cuando se creía que los adelantos técnicos habían hecho desaparecer para siempre este sistema de combate. Después de cada derrota, los restos del ejército regular se unían a las partidas de campesinos y de una manera sistemática emprendieron acciones que inmovilizaban a las divisiones invasoras, que vivían así en un continuo cerco táctico.

Campesinos pobres como el Empecinado, hacendados ricos, como el aragonés Sarasa y el navarro Espoz y Mina, médicos como el toledano Palarea y Martínez de San Martín, aristócratas como Porlier —*El marquesito*— y el marqués de Atayuelas, oficiales del ejército regular, como el mismo Porlier, Renovales, Lacy, Villacampa y algunos sacerdotes, como Merino y el cura de Villoviado, gentes, por tanto, de todas las clases sociales, iniciaron la guerra de guerrillas, expresión característica del profundo movimiento de unidad nacional que regía la lucha contra Napoleón.

Consideramos como un error presentar como dos entidades distintas a las grandes unidades militares y a las guerrillas. Desde el primer momento fueron reconocidas éstas por la Junta Central primero y por las Cortes después, como unidades regulares, dándoles un reglamento en el que se reconocían los grados militares que ellas mismas se dieron, las reforzaron con la prestación de mandos profesionales o surgidos de la guerra en las grandes unidades e incluso les incorporaron batallones completos para determinadas acciones. Al terminar la guerra nos encontramos con el hecho de que el mando de todas las fuerzas que operaban en Aragón se concedió a un general guerrillero, al general Espoz y Mina.

AL terminar la guerra de la Independencia se había creado un nuevo ejército, que era la antítesis del antiguo. En primer lugar, deja de ser real para convertirse en nacional. La Constitución de 1812 establece que todos los españoles están obligados a prestar el servicio militar, bien en las fuerzas permanentes, bien en las milicias nacionales, derogándose los privilegios nobilitarios que eximían de esta obligación. En agosto de 1811, las Cortes decretan la supresión de las pruebas de limpieza de sangre y nobleza para ingresar en los colegios militares, reconocen los grados concedidos durante la guerra y ratifican los conseguidos en las guerrillas.

El viejo trasto inútil que legaron los Borbones se convirtió, en manos del pueblo, como producto de la acción de las clases más progresivas del momento y de la colaboración de todos los españoles patriotas, en el magnífico instrumento que realizó la brillante campaña de 1813 que, con notoria injusticia se achaca, casi exclusivamente, a la organización, disciplina y mandos del ejército inglés, cuando lo cierto es que éste sólo contaba con 45,000 hombres al paso que en el ejército español luchaban, en formaciones y con mandos propios, 114,000 soldados en las grandes unidades y 60,000 en las guerrillas.

Sus mismas características populares, la mezcla, en su iniciación, de todas las clases sociales y el estar dirigida la nueva situación progresista por una burguesía no evolucionada, inestable, producto de una economía débil, esencialmente mercantilista, sin base industrial, produjeron el estallido, en su seno, de los más profundos antagonismos, que lo llevaron a soportar la traición de Eguía en 1814 y a reaccionar, inmediatamente, con continuas sublevaciones contra el régimen absolutista, que granaron en el gran movimiento de Cabezas de San Juan en 1820, que reinstauró la Constitución progresista de 1812, y que sólo pudo ser derrotado por una nueva intervención francesa.

Los pronunciamientos militares, hasta el año de 1868, fueron respaldados en su mayoría por el pueblo, que veía en el ejército la representación más viva de sus deseos de libertad. Como en muy pocas revoluciones europeas de estas épocas, era frecuente ver en las mismas barricadas a soldados y civiles. El ejército seguía siendo popular. A partir de este momento, como certeramente señala Marx en su citado estudio, desaparecidos por completo los hombres que vivieron y se educaron en el ambiente que creó el ejército, las altas capas de nuestras fuerzas armadas fueron nuevamente dominadas por la gran aristocracia y corrompidas desde el poder. Pasaron a servir los intereses representados por la monarquía y con este cambio, volvió el ejército a provocar la más decidida animadversión del pueblo.

EN lógica evolución, a partir de la restauración, volvió a cerrarse a todas las corrientes populares y a plegarse a la acción constante de los grandes intereses económicos extranjeros y nacionales, que lo conducían a patrocinar las descabelladas aventuras africanas y a constituir una coraza de protección del capitalismo frente al ascendente movimiento obrero. La falta de confianza en la capacidad creadora del pueblo y el respeto por una legalidad podrida que sólo servía para mantener situaciones de privilegio hicieron que los gobiernos de la República no se atrevieran a desmontar el viejo tinglado militar heredado de la monarquía restaurada en Sagunto.

Ante las decididas acciones del pueblo español en 1934 y el triunfo del Frente Popular en 1936, que pusieron de manifiesto la madurez de la clase obrera, vanguardia de la lucha contra el fascismo, las clases más reaccionarias volvieron a utilizar su instrumento preferido: el ejército, el que pusieron al servicio de los intereses imperialistas entonces más agresivos, Hitler y Mussolini.

Frente a este ataque a su independencia y soberanía, surgió el glorioso

Ejército Popular de la República en los años 36 al 39, que reanudaba la dirección iniciada al alborear el siglo XIX, como producto de la unión de todas las fuerzas progresistas contra la invasión. Frente a la traición de la mayoría de los militares profesionales creó sus propios mandos, salidos de la clase obrera, de los campesinos, de la juventud, que junto a militares profesionales leales y patriotas, supo vencer en Madrid, Guadalajara, Brunete, Belchite, Quinto, Teruel y en el Ebro a fuerzas superiores. Nuevamente se presenta hoy una situación crucial para España. Franco y la reacción española han vendido nuestra patria y han contratado la ocupación de su suelo por el imperialismo norteamericano, heredero del nazifascismo. También hoy, la oficialidad reaccionaria sirve de vehículo a las fuerzas que quieren sojuzgar a España, pero como en 1808 y 1936, el pueblo no tolerará esta vil maniobra y se alzará en defensa de su soberanía y de la Paz. De toda España surgen voces que afirman que el pueblo español no luchará jamás contra la Unión Soviética, su más firme aliado y amigo.

Mundo Obrero de Madrid, en su edición clandestina de septiembre de este año, dirigiéndose a los militares españoles, escribía:

“La responsabilidad que recae sobre los militares patriotas en esta situación es particularmente grave. A ellos nos dirigimos para llamarles al cumplimiento de sus más sagrados deberes...”

¡Llamamos a los militares patriotas, con honor y dignidad, a la unión nacional con la clase obrera y todo el pueblo frente a la ocupación militar extranjera y a los traidores franquistas; a luchar por la salvación de España, por la independencia nacional, por la defensa sagrada de la paz, que garantizará a España un porvenir de libertad, democracia y bienestar.

El lugar de todo militar patriota está ya marcado. Junto al pueblo, sirve el destino histórico de la institución militar y sus más gloriosas tradiciones; frente a él, las traiciona. Enfrentarse con la ocupación militar yanqui y luchar contra la traición franquista, es la actitud digna y patriótica que corresponde a todo militar amante de la soberanía y la independencia de España.



El comienzo de la tormenta

RELATO

Por Gabriel GARCIA NAREZO

POR debajo del piso de la sala estaban las calles y plazas frecuentadas por los ratones. Infinitas generaciones de animales grises de larga cola y ojos negros habían nacido, correteado y muerto bajo el entarimado de la habitación. En esos momentos, sobre las cabezas agudas de los ratones dormidos, sonaba un arrastrar y golpear de pies, un ruido frecuente al cual los animales habíanse acostumbrado y que apenas si inquietaba su sueño.

Los ratones dormían a pesar de ser españoles, aun cuando habían nacido en Burgos, ciudad españolísima, incluso sin tener en cuenta el privilegio de habitar bajo el piso de la Audiencia, húmedo y rancio edificio cuyas paredes rezumaban Historia verdosa y maloliente. Sin alterar la placidez del sueño de los roedores, varios hombres, o bestias dañinas bien distintas de las bestezuelas que abajo dormían, cruzaban la sala. Vestían uniforme y llevaban insignias demostrativas del grado que ocupaban en la escala de las bestias. Marchaban en orden: uno delante por ser coronel; dos detrás, un teniente coronel y un comandante; casi en la puerta, caminaba un teniente precedido por un capitán.

La sala se parecía bastante a la nave de una iglesia pueblerina que hubiese disminuído de tamaño. Al fondo, bajo la inmóvil contorsión de una talla barata y vulgar de Cristo crucificado, tendíase sobre un estrado una gran mesa negra, y frente a ella, tres más de menor dimensión. Entre las mesas y la puerta de entrada, dejando paso enmedio, una serie de bancos co-

mo de refectorio aguardaba en silencio. En la derecha, encajonadas en los huecos de la recia pared maestra, tres ventanas filtraban la luz a través de la cuadrícula de sus rejas. La sala olía a cripta, a polvo milenario, a cera derramada; por unos momentos uni6se a este olor complejo y desagradable un tufo de alcohol: el coronel era buen amigo del coñac y se había despedido de él unos momentos antes de llegar a la Audiencia.

Silenciosamente, los militares fueron ocupando sus asientos: tras de la gran mesa, en el centro, el coronel, y a un lado y otro de su fofa humanidad el teniente coronel y el comandante. Los tres se descubrieron, dejaron las gorras sobre la mesa y pensaron en sus negocios. Cada uno de ellos, en mayor o menor escala, formaba parte del oculto engranaje del mercado negro. Para cubrir las apariencias, hacía unos años que el coronel había comprado un pequeño olivar en la provincia de Jaén. Allí, de acuerdo con el alcalde del pueblo, disponía a precio de tasa de una buena parte del caudal aceitero de la localidad; como cosechero, el alcalde le facilitaba guías para el transporte, y un comandante de Intendencia movilizaba los camiones del Ejército que eran necesarios para llevar el aceite a Barcelona y a Bilbao; así, lo comprado a 10 ó a 15 se vendía a 75 ó a 100. Por lo demás, el coronel era un inflexible servidor de la Ley, un hombre grasiento de cincuenta y cinco años de edad, que en ese momento consultaba su reloj: eran las diez y veinticinco de la mañana.

Los juicios que estaban dispuestos para ese día no significaban para él otra cosa que una etapa más de su antigua rutina. Desde 1941 había presidido tribunales militares, centenares de veces se había visto en salas parecidas y escuchado distraídamente la lectura de los cargos, los alegatos de fiscales y defensores y sus propias sentencias dispuestas de antemano, cortadas según normas inmutables en las cuales no influían para nada la realidad objetiva de los hechos ni la verdad que estaba más allá de los hechos, falseados siempre. El se sentía un puntal del régimen, es decir, un firme defensor de una feroz situación de privilegio que era preciso defender con su ley, con el terror, con las torturas, con el fusilamiento y con la resucitada pena medieval del garrote; con cualquier cosa capaz de mantener una situación única que, caso de perderse, bien sabía él que no podría ser recuperada jamás. Así pues, el coronel era un monstruo; bajo el uniforme latía el corazón de una bestia, sus manos cuidadas habían firmado centenares de penas de muerte, sus ojos habían mirado sin la menor emoción los rostros dramáticos de esposas y madres, de hijos y hermanos cuando cerraba los labios después de pronunciar la bárbara sentencia. Sus manos también sabían tomar los domingos el agua bendita de la iglesia; sus ojos sabían elevarse hacia lo alto en el momento de la consagración; sus manos sabían también dar golpes sobre el pecho mientras la campanilla del acólito repicaba su canción de plata bajo las bóvedas impregnadas de incienso; y su boca sabía confesar aquello que el sacerdote deseaba que se le dijese: algo sin importancia que él pudiese castigar con tres Avemarías y absolver sin escrúpulos de conciencia. Sí; el coronel era un monstruo, como lo eran también, cada uno a su manera, los militares que le acompañaban.



El juicio iba a dar comienzo. Entró una escuadra de guardias civiles. El cabo saludó, rígido como una estatua, e hizo la presentación reglamentaria; después, distribuyó a sus hombres junto a los primeros bancos. Unos momentos más tarde comenzó a entrar el público, porque el juicio, para mayor sarcasmo, no se verificaba a puerta cerrada.

Un grupo numeroso de hombres y mujeres ocupó en silencio los bancos. Muchos eran parientes de los presos, otros, personas de curiosidad trascendente que querían saber y guardar memoria de lo que allí pasase. Algunos habían llegado de lejos, en trenes atestados, con el dinero justo y el hambre acrecentada. Habían intentado hablar con el oficial designado defensor de oficio, pero la muralla impenetrable de la ley militar se encargaba de impedir toda gestión previa. Ahora aguardaban lanzando hacia el tribunal sus miradas preñadas de odio y de sufrimiento. Ellos eran el pueblo, seres anónimos sobre quienes se clavaba el movedizo cimiento del Estado, hecho de bayonetas ensangrentadas; ellos eran los que trabajaban por jornales de hambre, campesinos que empezaban y acababan su labor con el sol, obreros delgados y pálidos, mujeres cubiertas de luto que apretaban los puños hasta que las coyunturas de los dedos se les ponían blancas.

Las once menos cuarto. Se abrió la puerta de la sala en medio del silencio. Crujieron las duelas del piso. Los rostros se volvieron en dirección al ruido. Custodiados por nuevos guardias civiles, los presos entraron en la habitación y avanzaron hasta llegar a los primeros bancos. Eran cinco hom-

bres y una mujer, y de pronto, pareció como si todo, el techo, el suelo y las paredes cobrasen nueva vida con su presencia. Los presos políticos de España no son *delincuentes* que despiertan, a lo más, compasión; son seres luminosos que allí donde aparecen sitúan la presencia de la esperanza y de la fe. Nadie se daba cuenta de que sus trajes mostraban las huellas de la cárcel. Eran sus rostros los que centraban la fijeza de todas las miradas, sus rostros serenos, sus ojos que miraban sin miedo, retadores, seguros de su razón y de la injusticia de sus jueces. No eran los suyos ojos de vencidos, ni de dominados, ni de claudicantes. Estaban allí físicamente impotentes, mas su espíritu se manifestaba triunfal. Y los suyos, quienes desde los bancos ponían en ellos sus miradas, se sintieron tonificados, como si una fuerza invisible y poderosa se hubiese transvasado de unos a otros. Se sentaron a una indicación, y entre cada dos un guardia civil con el fusil entre las piernas.

El desarrollo del juicio fué *normal* hasta llegar al cuarto de los acusados. Los casos anteriores habían sido repetición de muchos otros.

Estaban siendo referidos como si fuesen crímenes, hechos capaces de enorgullecer a cualquiera de los asistentes al juicio: la voluntaria decisión de defender la República, los ascensos por méritos de guerra, la firmeza política. Estaban allí personas que habían vivido la guerra en la zona fascista, algunas de las cuales habían conocido el horror de la cárcel. Ahora, escuchando las acusaciones formuladas, sus ideas políticas, su enemistad hacia el régimen y su admiración hacia aquéllos que habían integrado el Ejército Popular crecían y se afirmaban sobre bases reales.

Los asistentes sentíanse más unidos, profundamente hermanados por el ejemplo que estaban recibiendo. Miraban alternativamente hacia los militares que integraban el tribunal y en dirección a los acusados y sentían que allí estaban dos mundos opuestos, miserable y condenado a desaparecer uno, martirizado y justo el otro. Y decenas de corazones populares apresuraban sus latidos, que afirmaban con absoluta fe que el mundo que hoy estaba siendo juzgado era el mundo de mañana, su propio mundo amado y deseado.

DE los tres primeros presos habían sido condenados a veinte años de prisión los dos primeros, a treinta el otro. Dramática y monstruosamente injustos, los casos juzgados eran repetición de otros semejantes de ayer o de hacía años. Todo lo que estaba aconteciendo se hallaba dentro de la *normalidad* franquista, la normalidad de lo anormal, como la vida humana forzada a desarrollarse bajo el agua o el crecimiento de un árbol regado con sangre.

Pero al iniciarse la relación de los hechos referentes al cuarto de los presos, un movimiento de extrañeza unió en un haz vibrante la atención de todos los presentes. El teniente relator leía en esos momentos:

—Siendo como es el acusado ingeniero especialista en radio y electricidad, y propietario de un taller dedicado a la reparación y montaje de aparatos radiotelegráficos, no le fué difícil construir una estación emisora de alcance suficiente para ser escuchada en un radio aproximado de cien kilómetros. . . .

El fiscal se levantó después. Era un joven delgado, de mirada cortante y llena de crueldad y de orgullo. Cualquiera podía advertir que se sentía superior a todos, como si su persona fuese un ente maravilloso elegido por la Providencia o por la Muerte para cumplir la grande y única misión del franquismo: acabar con la vida digna del hombre.

Al principio, el fiscal pareció sentir cierto regodeo al elegir cuidadosamente las palabras. Quería mostrar sus dotes oratorias, su conocimiento del latín y de las citas jurídicas, lo que él acaso creía que era educación y cultura. Después, emborrachado con su fraseología, fué perdiendo el control y sus instintos primarios, su verdadera personalidad, aparecieron sin velos. Al fin se vió claramente que el fiscal no era un ser humano, ni una persona culta, ni un hombre educado. Algo superficial se derrumbó en su persona y el público pudo ver que tras de su mesa, dentro del uniforme verdoso, vociferaba un animal primitivo rebosante de crueldad.

—Y usted vivía en El Ferrol del Caudillo; ¿no? Recuerdo que allí existe una escollera, que todos los de la población conocen y que usted, por supuesto conocía. Los que se enfrentaron a la gloriosa marina española el 18 de julio de 1936 murieron en ella frente al mar. Usted se escapó entonces y pensó estúpidamente que escaparse siempre podía ser cosa fácil. He aquí los razonamientos de la mente de un rojo, por muy ingeniero que sea.

El fiscal sonrió con una mueca torcida y simiesca, miró hacia el público y luego fijó otra vez su mirada en el acusado.

—Supongo que usted no negará su crimen. Todos los datos que poseemos son ciertos. Sabemos que gracias a las transmisiones que usted hizo durante los tres últimos meses de 1942, todo el movimiento de la base de El Ferrol fué conocido por las fuerzas navales anglonorteamericanas.—El fiscal apretó ahora los dientes para escupir sus palabras—. Quiero que usted sepa que durante ese invierno, yo, el fiscal que lo está acusando, estaba luchando con la División Azul en el frente de Leningrado. Y, mientras nosotros veíamos cómo la muerte cortaba nuestros ímpetus liberadores, ¿qué hacía usted? usted lograba el hundimiento de dos submarinos alemanes, uno junto al cabo Prior, otro en las inmediaciones del cabo Ortegá. Usted provocaba la inmovilización del buque tanque *Altmark* en la ría del Ferrol hasta el fin de las hostilidades. Usted era nuestro enemigo, un enemigo solapado y cobarde.

La tensión del público creció ante una nueva pausa del fiscal. Escuchar esto en 1951 era vivir una pesadilla increíble. Y sin embargo, el automatismo y la ferocidad de la justicia franquista estaba haciendo posible este enfrentamiento del pasado y el presente.

—Podemos decir bien alto que gracias a nuestra doctrina de entonces, la *no beligerancia*, numerosos buques y sumergibles alemanes e italianos averiados —recalcó la palabra con un gesto de leve ironía— encontraron refugio en nuestros puertos. Ellos eran nuestros camaradas, estaban unidos a nosotros desde los primeros días del Glorioso Movimiento. En realidad, hicimos por ellos todo lo que las circunstancias nos permitieron. Y si esto es así, los lími-

tes de su gravísimo delito contra el Estado no pueden estar más definidos: lo que usted hizo se llama traición.

El fiscal se llevó una mano a la cintura y con la otra acentuó su desplante oratorio.

—¿Acaso no teníamos toda la razón? ¿En qué hemos cambiado de entonces acá? ¿Se ha alterado, en lo fundamental, nuestra línea de conducta? De ninguna manera. Es el mundo occidental el que ha venido a nosotros. La España de Franco, hoy como ayer, está jugando a la misma carta, al anticomunismo. Por usted hallaron la muerte decenas de marinos alemanes, y es el suyo un crimen eterno. Ahora, cuando tenemos enfrente una nueva guerra contra el enemigo común, no es posible dejar sin castigo adecuado un delito como el que estamos juzgando. Señores; por estas razones de sentimiento y de justicia, os pido condenéis al acusado a la pena máxima que el Código Militar autoriza: la pena de muerte.

NUEVAMENTE, el público se sintió sacudido en lo más íntimo. Tanto cinismo, tanto orgullo y ferocidad, tanta aberración mental habían elevado al límite la capacidad de indignación de todos. Los ojos populares miraban las figuras de los militares que formaban el tribunal y se preguntaban cómo era posible que semejantes seres pudieran llevar el nombre de españoles, tener cerebro y sangre en las venas, dominar todavía la tierra española. Entonces, un soplo de terror y de muerte vino a recordarles que el régimen franquista no había derogado aún el estado de guerra, que el franquismo vivía en perpetua guerra contra su propia patria, y que sus métodos eran los de cualquier ejército enemigo sobre un país ocupado y hostil.

El acusado se levantó de su asiento. Era un hombre recio, de baja estatura, ojos negros de mirar seguro, cejas espesas, manos firmes y sensitivas, ademanes sobrios. El público sintió que algo muy de todos se personificaba en el hombre que acababa de ponerse en pie.

—Con la venia, señores, —empezó diciendo—. He rechazado la defensa de oficio y ustedes me han autorizado a decir algo en mi favor. Yo acepto la ocasión que me brindan para decir un poco de lo mucho que he pensado en la cárcel. No soy abogado, no conozco los artículos del Código Militar, pero aunque el fiscal quiera negarlo, soy más español que ustedes y esto es suficiente.

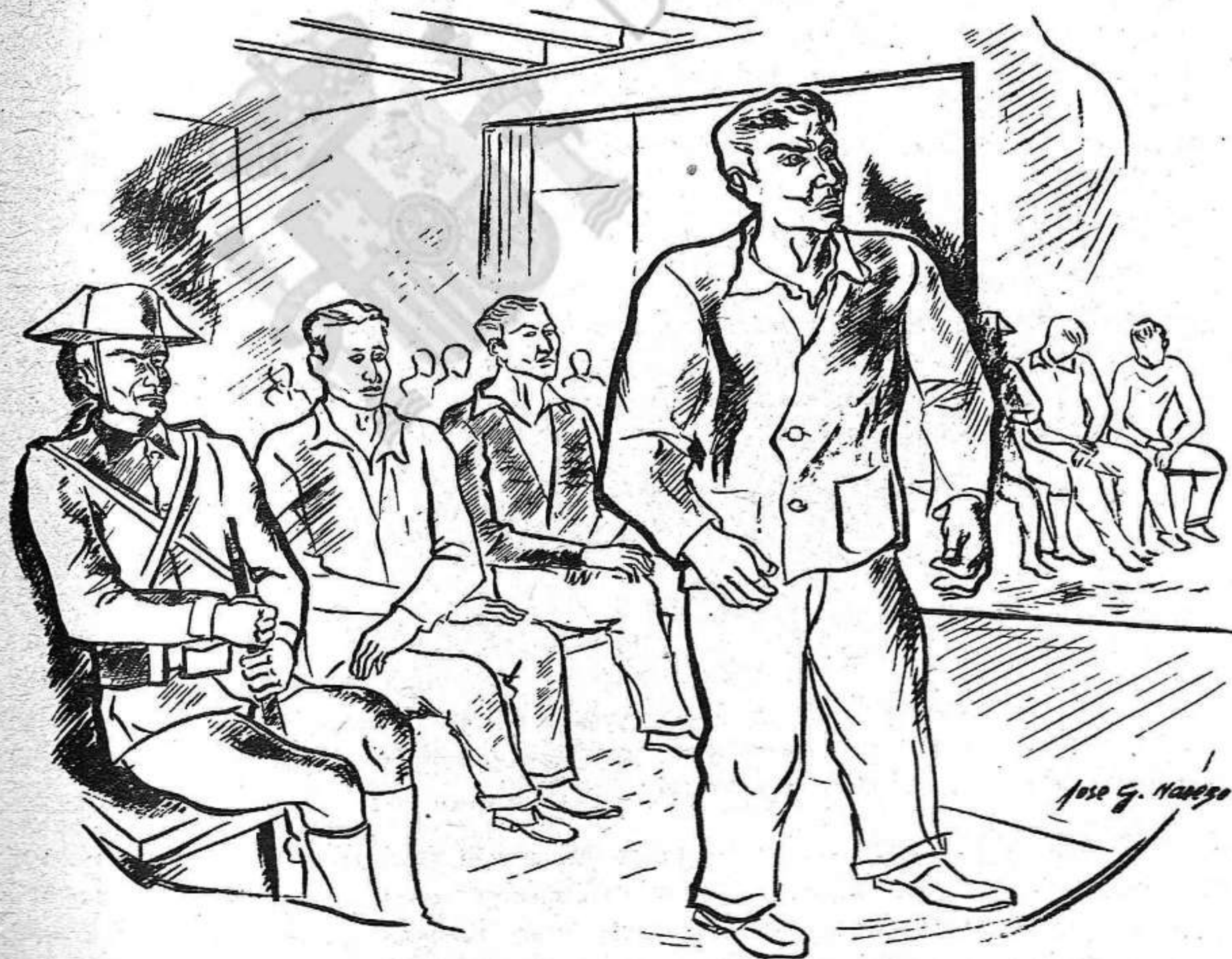
La inquietud pareció llegar ahora hasta los componentes del tribunal. Sus tres miembros principales cambiaron unas palabras y el coronel decidió algo con un gesto expresivo que venía a decir: “Al fin y al cabo, ya saben ustedes que su final es...”

—Cuando me detuvieron, tenía treinta y ocho años; hoy tengo nueve años más y sé perfectamente lo que estoy haciendo. He pasado nueve años encerrado en varias cárceles. Se olvidaron de mí, a lo que parece. Mi causa es la número 243194, lo que quiere decir que millares de españoles me han precedido en este cruel y honroso camino. ¿Quién puede ser cobarde después del ejemplo de tantos? Por ellos he de ser fiel a mí mismo. La cárcel es una escuela única para quien va a ella con su espíritu limpio. Cuando montaba la pequeña emisora pensaba yo como republicano y liberal. Me

habían dicho desde niño que democracia es tener derecho a voto, derecho a poder hablar y escribir con libertad. Pero sobre todo, yo sabía que la democracia es grande porque defiende los más nobles ideales del hombre: el derecho a la cultura auténtica, al trabajo creador y justamente compensado, el derecho a la fe y a la esperanza en el destino del hombre, el derecho a la vida verdadera. Creyendo en esto, yo luché a mi manera contra el fascismo y en favor de mi idea de la democracia. Yo creía en la democracia de Francia, de Inglaterra y de Estados Unidos, pero un razonamiento parecido aunque opuesto al del fiscal me ha hecho cambiar de opinión. La cárcel, como digo, es una escuela inapreciable; en ella conocí a hombres que fueron mis maestros, hombres que en su mayor parte han sido asesinados por ustedes.

Al escuchar la palabra *asesinados* el coronel saltó en su asiento. Pero el fiscal, acentuando la sonrisa llena de crueldad que llenaba su rostro desde el momento en que el acusado empezó a hablar, se acercó a él para decirle que, a pesar de todo, era conveniente lo que éste decía, porque sus palabras eran la justificación total de la condena a muerte.

—Decía que he cambiado de opinión —añadió el ingeniero—. El fiscal ha dicho que los gobernantes de Estados Unidos, Francia e Inglaterra han venido a ocupar hoy la posición de los supuestos vencidos: Alemania e Italia, o mejor, el nazismo y el fascismo. Esto es verdad. El fascismo y el nazismo son supuestos vencidos, tanto como los llamados países democrá-



ticos son supuestas democracias. Por eso el fiscal se refería a ellos llamándolos supuestos vencedores. He aquí mis razones para no pensar como antes, ni aceptar, por tanto, que los regímenes que ayer admiraba sean democracias verdaderas. Es cierto que los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, no fueron los vencedores de esta guerra. Porque en el fondo, el ideal que sus gobiernos defendían no era la democracia, sino el ideal del enemigo. Esos gobiernos se encontraron dueños de una victoria militar y de una derrota política. Y por eso toda la postguerra no ha significado para ellos otra cosa que una carrera desenfrenada por adueñarse de las ideas políticas vencedoras en Occidente: el fascismo. Y por eso el régimen fascista que hoy domina España puede enorgullecerse por boca del fiscal y decir que en nada se ha alterado su línea de conducta. ¿Para qué cambiar las posiciones de ayer si ellas son hoy la garantía mayor a los ojos de los gobiernos de las llamadas democracias?

El público guardaba silencio. Los ligeros murmullos y ruidos anteriores habían cedido el paso a una atención emocionada. Cuando el cuarto acusado hizo una pausa, cualquiera hubiera podido afirmar que la sala se hallaba vacía. El ingeniero siguió hablando.

—Después de llegar a estas conclusiones yo me hice una pregunta sencillísima: ¿qué país venció militar y políticamente en la guerra? ¿Qué país no alteró su línea de conducta al llegar la paz? ¿Qué nación no ha traicionado la gran causa por la que luchó? ¿Quién era y es verdaderamente democracia? Señores; yo no me hago ilusiones respecto a cuál habrá de ser mi condena. De todas formas, creo que es mi deber contestar a las preguntas que he hecho, porque con ello expreso el final lógico de mi evolución. Ese país único por su fidelidad y por la grandeza de su ideal común a todos es la Unión Soviética, contra quien luchó el fiscal y contra el cual ustedes quisieran arrastrar a nuestro pueblo. De esto se deduce, señores, que yo me siento hoy comunista.

Un murmullo sordo creció en la sala, los guardias civiles se pusieron en pie y desde la gran mesa negra el coronel, rojo de ira, exigió silencio. Hecha la calma, los tres jueces cambiaron impresiones. Uno de ellos reclamaba la suspensión del juicio, y su prosecución sin testigos. Al fin, el coronel zanjó la cuestión diciendo:

—Se advierte al acusado que únicamente se le autoriza a hablar durante cinco minutos más; bien entendido que lo que diga habrá de referirse tan sólo a su defensa.

El ingeniero prosiguió casi al instante. Sabía que, en efecto, le quedaban unos minutos, tal vez segundos de comunicación con el pueblo. Porque, en verdad, tan sólo esto le interesaba. Consideraba que su última misión era ésta y quería aprovechar la mínima ventaja que había conquistado a cambio de confirmar la sentencia de muerte.

—Señores —dijo—; mi defensa no existe porque realmente yo no soy el acusado. Me han dicho que soy un traidor, pero en España sucede hoy que los verdaderos culpables aparecen como jueces. ¿Quién ha traicionado a quién? En estos momentos me importa algo más valioso y perdurable que

mi propia persona, y a esa presencia inmortal llamada pueblo es a quien hablo. Yo acuso a ustedes de traición a la patria, de haber vendido nuestro suelo al gobierno norteamericano, traidor a la democracia; acuso a ustedes de complicidad en el intento de desatar una nueva guerra, la más injusta y salvaje, una guerra contra la libertad, el futuro y la vida de nuestro pueblo. . . .

Los gritos del coronel cruzaron ahora enfurecidos sobre un silencio lleno de dramatismo. Las miradas y las frases del público saltaron después libremente de un lado a otro; hombres y mujeres desconocidos entre sí se saludaban con los ojos, abrazábanse con los ojos chispeantes y airados, sentíanse hermanos ante las palabras que habían sacudido fieramente sus corazones. El coronel volvió a gritar, enrojecido por la ira, perdido totalmente el control de sus nervios. Mas el ingeniero, en pie, sujetado por dos guardias civiles, gritó más fuerte aún que él.

—¡Ya no se trata ahora de estrecha política de partidos, se trata de unir a todos los españoles contra ustedes! ¡Es la independencia de España la que lo pide! ¡Contra ustedes se levantará todo aquél que se sienta español de verdad! ¡España no ha muerto a pesar de tanto crimen! ¡España vencerá contra ustedes y contra los amos de ustedes, traidores!

A los gritos del coronel se unieron los alaridos de los otros miembros del tribunal.

—¡Llévenselo! ¡Saquen a este hombre de aquí!

Mas todavía pudo decir algo el acusado. Saltó con agilidad hacia adelante, sorteó al defensor y al fiscal, y lanzándose de bruces sobre la gran mesa negra sobre la cual se alzaba la figura del Crucificado, gritó con palabras como latigazos:

—¡Usted es el traidor! ¡Todos ustedes son traidores! ¡Todos ustedes han vendido nuestra patria! ¡Pero venceremos, no lo dude, venceremos!

Minutos después, una fingida calma, un silencio tenso, cargado de inquietud y de odio, flotaba sobre la sala húmeda, maloliente a vejez y a putrefacción. La guardia civil habíase llevado al preso luego de golpearlo a culatazos. Unas gotas de sangre, redondas y espaciadas, trazaban una huella luminosa en el suelo. El público estaba en pie, mirando hacia adelante. El coronel, congestionado, con la gorra entre las manos temblorosas, dió una orden:

—¡Fuera todo el mundo! ¡Se suspende el juicio!

Pero la gente no se movió. Hombres y mujeres estaban en pie, mirando fijamente al tribunal. Todos ellos miraban como estatuas acusadoras; todos ellos: seres humanos, hijos de España abrumados por los años de hambre, apaleados por la injusticia reiterada de la tiranía; todos ellos: el pueblo indefenso y poderoso.

—¡Desalojen la sala!, repitió el coronel.

Los guardias, trocado en un rictus verduoso la inmóvil superficie de sus rostros, levantaron los fusiles.

Entonces, una voz anónima que nadie pudo saber de que garganta había salido, gritó:

¡Viva la independencia de España! ¡Viva la paz!

DURANTE unos momentos pareció inminente un asesinato colectivo. Los guardias civiles hicieron correr los cerrojos de sus armas mientras un viento de locura soplaba los rostros de los militares. Frente a ellos se elevaba una espesa malla de miradas de fuego, un bloque de corazones unánimes, decididos, fraternalmente unidos. Nadie había preguntado a nadie cuáles eran sus particulares ideas políticas. Sin necesidad de palabras, todos los presentes se sentían compañeros en una lucha gigantesca cuya razón última y vital era común a todos. Así transcurrieron unos segundos largos y dramáticos y al cabo de ellos, el coronel optó por ser él quien dejara la sala. Seguido por los otros, el militar cruzó rápidamente el trecho que le separaba de la puerta entre una doble muralla de odio. El coronel temblaba al salir de la Audiencia: por primera vez había visto con sus ojos un pequeño anticipo de lo que sería la futura tormenta. Tenía prisa por olvidar la expresión de aquellos ojos que se le habían prendido en la carne como flechas.

Y la voz popular salió también de la Audiencia, se extendió como una marea de olas multiplicadas, de boca en boca, de pensamiento en pensamiento, de corazón en corazón. Como los ruidos subterráneos que preceden a los grandes cataclismos geológicos, un rumor creciente recorrió la ciudad, saltó fuera de ella, se fué extendiendo en círculos concéntricos a través de la tierra, de los árboles, de los sembrados, de las aldeas. Cada uno de los asistentes al juicio llevaba en sus manos una antorcha que iba encendiendo los pechos con su fuego; era el anuncio de la lucha contra los invasores extranjeros, contra el régimen traidor y miserable.

Allí en Burgos, en lo más alto de la catedral, sobre las pétreas agujas góticas, una veleta antigua, de hierro herrumbroso y chirriante, comenzó a moverse, a girar lentamente primero, con furia después, mientras las nubes empezaban a cruzar el cielo en un galope de libertad.

Una anciana que cruzaba la plaza mayor se santiguó, al tiempo que decía a un mozo que acertó a pasar a su lado:

—¡Dios santo! Parece que va a haber tormenta.

Y el mozo contestó mientras caían las primeras gotas:

—No lo sabes bien, abuela. Tormenta va a haber en España, una gran tormenta de sangre y de fuego, una tormenta justiciera que arrastre toda la basura, que se lleve río abajo a los asesinos y a los ladrones, que eche al mar a los extranjeros. Y todos juntos venceremos. Sí, abuela; puede que entonces hasta tú misma vengas con nosotros para ayudarnos a vencer.

NAZIM HIKMET

poeta combatiente de la paz

Por REINALDOS

LA vida y la obra del gran poeta turco Nazim Hikmet, son poco conocidas del público de habla española. Con la traducción de algunos de sus poemas en los últimos tiempos y del Premio Internacional de la Paz, que le fué adjudicado por el Congreso de Varsovia, su nombre comenzó a ser familiar para nosotros.

Ese desconocimiento de la obra de uno de los más grandes poetas de nuestra época tiene su explicación. Desde 1938 hasta 1950 la voz poética más límpida y vigorosa de Turquía, estuvo encadenada. Acusado de llamar a la juventud de su país a la lucha contra la reacción, el fascismo y los imperialistas extranjeros opresores de su patria, fué condenado por un tribunal militar, y permaneció durante doce años en las mazmorras donde se pudren los mejores hijos del pueblo turco.

Los reaccionarios turcos, lacayos *occidentales* del imperialismo yanqui, intentaron así ahogar la voz del poeta. Pero no lo consiguieron. Los grue-

El gran poeta Nazim Hikmet (en el centro) laureado con el Premio Internacional de la Paz, a su llegada al aeródromo de Vnúkovo.



Los muros y las rejas de la prisión, las torturas y las enfermedades, no pudieron impedir que Nazim Hikmet continuase el combate ardiente y patriótico contra los verdugos de su pueblo, contra los incendiarios de la guerra y por la paz.

De esta etapa dura y dramática de su vida son entre otros los magníficos poemas *Zoia Kosmodemiánska* en el que canta las hazañas de la joven heroína soviética, *Algunas instrucciones para los predestinados a estar en la cárcel* en el que muestra su amor a la vida y un indomable espíritu de lucha, y *Angina de pecho*, en que proclama que si la mitad de su corazón está en la cárcel, la otra mitad se encuentra en China con el heroico ejército popular. Poemas sacados clandestinamente de la prisión, que los trabajadores leían con avidez, reproduciéndolos, pasándolos de mano en mano, que recorrían todo el país y trasponían sus fronteras.

EL poeta, desde muy joven, mostró su identificación con los anhelos y las luchas de su pueblo. Sus poemas conquistaron rápidamente una gran popularidad, no solo por la sencillez y claridad del lenguaje, sino también porque en ellos encontraban los trabajadores, junto a una gran fuerza lírica, la expresión de sus sufrimientos y el llamamiento al combate por una Turquía libre, sin carceleros ni explotadores.

En 1919, a los 17 años de edad, el joven poeta participa en el movimiento de protesta de un barco de guerra turco, y de esa época es su poema de lucha *Marcha de la juventud*. En 1920 y en 1922 visita la Unión Soviética, entrevistándose con Maiakovski, quien ejerció una gran influencia sobre el desarrollo posterior de la obra del poeta turco. En 1929 escribía encendidos poemas a la guerra nacional liberadora de China y sobre el pueblo de la India, describiendo cómo los pueblos oprimidos de Asia veían en la Unión Soviética su mejor amiga y defensora. En 1932, cuando los reaccionarios turcos arrestan en masa a los trabajadores y demócratas que luchaban en defensa de la independencia nacional, Nazim Hikmet, acusado de hacer propaganda comunista, fué encarcelado. En 1937 el poeta canta la lucha heroica del pueblo español contra el fascismo. Y encarcelado de nuevo en 1938 —esta vez por doce largos años— escribe su espléndido poema *Sinfonía de Moscú*, expresando en él una vez más su profundo amor por la Unión Soviética, por el gran país de Lenin y Stalin.

En 1950, el poeta declara la huelga del hambre y llega a estar al borde de la muerte. La poderosa movilización internacional exigiendo la liberación de Nazim Hikmet, dió sus frutos. Sus carceleros tuvieron que retroceder poniéndole en libertad. Hoy, repuesto en gran parte de las graves enfermedades contraídas en la prisión, el poeta marcha hombro con hombro con los millones de hombres y mujeres y con los pueblos que luchan en defensa de la paz para salvar al mundo de la catástrofe de la guerra atómica a que quieren arrojarla los imperialistas. Ocupa su puesto de combate con la firmeza y sencillez que le hizo exclamar en uno de sus más hermosos poemas:

Soy un soldado entre millones de ellos...

25.000 PALOMAS

Por NAZIM HIKMET *

ESTOS días vuelan a todos los confines del globo terrestre veinticinco mil palomas, negras, blancas y amarillas; todas ellas son jóvenes, todas ellas son valerosas, intrépidas.

Cruzarán mares y montañas. Algunas de ellas volarán a Corea, donde defenderán arma en mano la independencia de su patria y la paz de todo el mundo. Otras se posarán en tierra de Africa; allí combatirán por la fraternidad de las razas y de los pueblos, por la liberación de sus países y saben ellas que quizá caigan en las cárceles y acaso sean asesinadas. Pero son las palomas de la paz y el terror no les arredra. Las terceras volarán a América. También a estas palomas les esperan difíciles trances, mas al igual que sus hermanos y hermanas de Corea y de Africa, saben ellas que los pueblos del mundo entero apoyarán su lucha. Las palomas volarán hacia China, el grande y victorioso país de la paz y de la independencia nacional. Con júbilo serán acogidas por todo el pueblo chino.

Esperan con impaciencia la llegada de las palomas los pueblos del Próximo Oriente; los persas y los árabes, los turcos y los israelitas.

Las noticias sobre el festival infundirán más fuerza, más virilidad e intrepidez a la lucha que estos pueblos sostienen contra el imperialismo anglo-norteamericano.

* Escrito por el gran poeta turco para el Festival de Berlín.

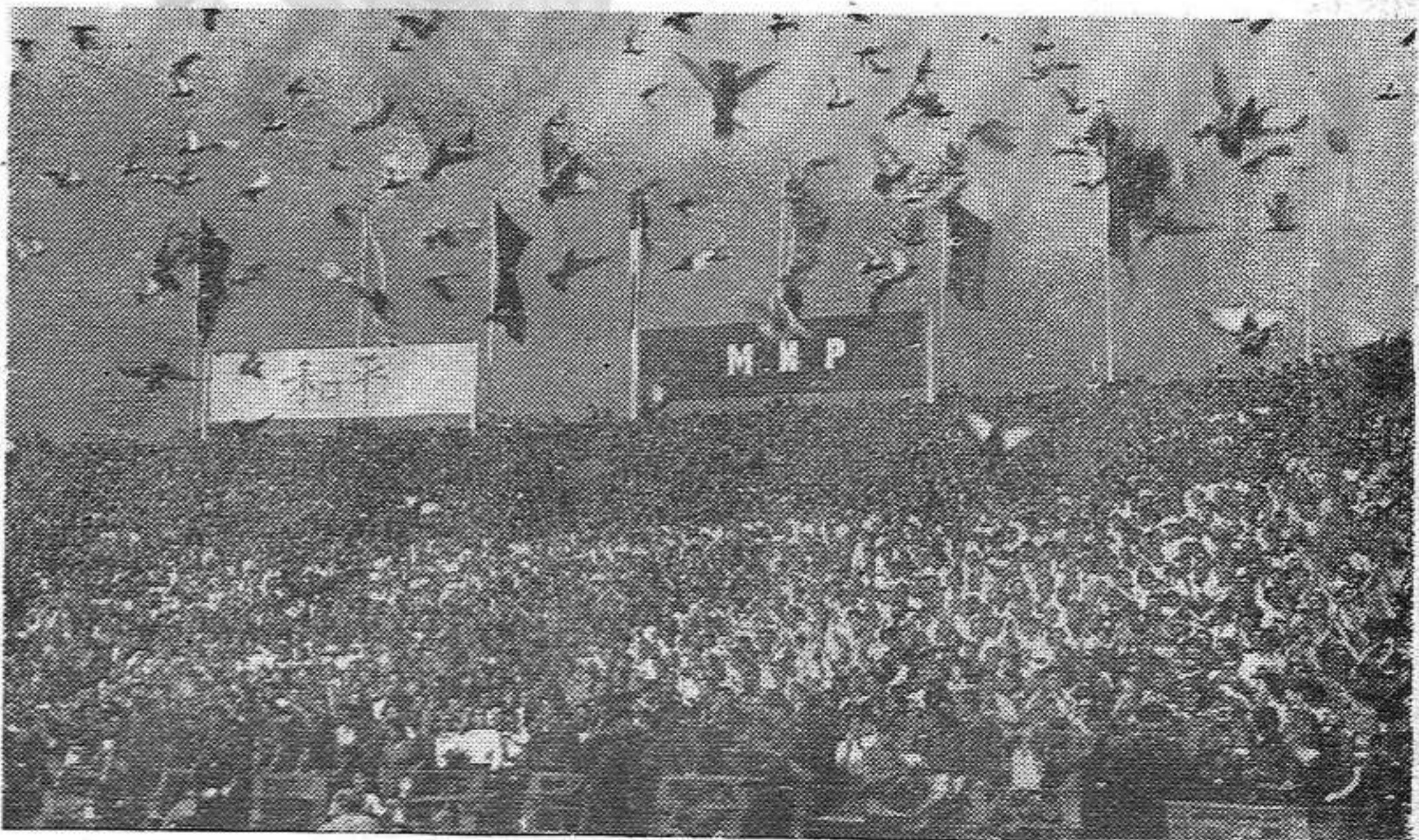
Volarán las palomas a Viet Nam y contarán el amor hacia el pueblo vietnamita del pueblo de Francia y de todos los pueblos del mundo.

En Europa Occidental, las palomas inspirarán la lucha de los pueblos contra la ocupación norteamericana, contra el pacto del Atlántico, el pacto de la muerte, por la paz y por la firma del pacto de paz entre las cinco grandes potencias.

Volarán las palomas a los países de democracia popular, donde la ley castiga la propaganda de la guerra, donde se construye una vida nueva cuyos cimientos son la paz y la amistad entre los pueblos.

Retornarán las palomas al país de los soviets, al país de la felicidad, al país de la libertad, al país donde se edifica el comunismo, donde cada golpe de martillo, cada gavilla de trigo, cada verso del poeta, cada ladrillo de las nuevas construcciones, cada persona, cada fábrica, cada segadora trilladora es una garantía de la paz, de la amistad entre los pueblos, un baluarte de la independencia de todos los pueblos.

Veinticinco mil palomas volarán a todos los confines de la tierra; negras, blancas, amarillas. Los imperialistas anglo-norteamericanos y sus lacayos temen el vuelo de estas palomas. Su pavor es comprensible; esas palomas llevan en sus alas la paz, la libertad, la independencia nacional y en sus corazones el amor a Stalin.



Angina de pecho *

*Si la mitad de mi corazón está aquí, doctor
la otra mitad está en China,
con el ejército que baja hacia el Río Amarillo.
Y cada mañana, doctor,
cada mañana, al alba,
mi corazón es fusilado en Grecia.
Además, cuando los prisioneros caen de sueño,
cuando los últimos pasos se alejan de la enfermería,
mi corazón se va, doctor,
se va hacia una vieja casa de madera, en Estambul.
Además, hace diez años, doctor,
que no tengo nada en las manos para ofrecerle a mi pobre pueblo,
nada más que una manzana,
una manzana roja, mi corazón.
Por todo esto, doctor,
y no a causa de la arterioesclerosis, ni de la nicotina, ni de la prisión,
tengo esta angina de pecho.
Miro de noche, a través de las rejas,
y a pesar de todas esas murallas que oprimen mi pecho,
mi corazón late hacia la estrella más lejana.*

N A Z I M H I K M E T

* Poema escrito en la prisión, en 1948.

Triste libertad

Poema inédito de NAZIM HIKMET

Versión de G. G. N.

Son mercancía tus ojos, su atención, y la luz de tus manos,
y con tus manos formas los bienes de este mundo,
sin probarlos ni siquiera una vez.

Barres el patio ajeno con tu gran libertad,
con esa libertad que tienes de hacer Cresos, hombres
que hacen llorar los ojos de tu madre.

Eres libre.

Desde tu nacimiento, sobre tu frente anidan,
y un molino de aspas mentirosas tu vida entera ciega.
Vas con tu libertad, con su dedo en tu frente
dictando el pensamiento que sueña tu fingida
libertad de conciencia.

Eres libre.

Desde tu cuello pende tu cabeza segada,
y tus brazos descienden por tus costados, muertos.
Vagas con esa grande libertad que posees. Caminas
con tu libertad, de ser un sin trabajo.

Eres libre.

Amas a tu patria, como a tu amigo íntimo,
a quien das el latido más hondo de tu pecho.

*Pero un día encuentras a tu patria vendida.
Ya es norteamericana, y tú con ella, tú
con tu gran libertad, con esa libertad que te conceden
de convertirte en base aérea de la muerte.*

Eres libre.

*Y esas malditas manos de Wall Street te prenden
por el cuello un buen día,
te mandan a la tierra coreana ultrajada
y allí una fosa llenas con tu gran libertad,
con esa libertad preciosa de trocarte en soldado
muerto y desconocido.*

Eres libre.

*Afirmas que no eres un pretexto o un medio. Maldices
el destino de ser número. Gritas
que es necesario ser y vivir como un hombre.
Mas con tu libertad te ponen las esposas,
con esa libertad que tienes
de gritar sin que nadie te escuche, de llenar una celda
y hasta de ser ahorcado.*

Eres libre.

*No hay en tu vida nada; ni cortina de hierro,
ni el aroma de una cortina de madera,
ni cortina de tul.*

*Y ni siquiera tienes necesidad de elegir
la libertad. ¿Para qué, si eres libre?*

*Bajo las estrellas, ¡qué triste libertad
llevas contigo!*



S T A L I N

...el triunfo de la Revolución de Octubre marca un cambio radical en la historia de la humanidad, un cambio radical en los destinos históricos del capitalismo mundial, un cambio radical en el movimiento de liberación del proletariado mundial, un cambio radical en los métodos de lucha y en las formas de organización, en los hábitos de vida y en las tradiciones, en la cultura y en la ideología de las masas explotadas del mundo entero.

...La Revolución de Octubre no es sólo una revolución en el campo de las relaciones económicas y político-sociales. Es, al mismo tiempo, una revolución en los cerebros, una revolución en la ideología de la clase obrera. La Revolución de Octubre surgió y se consolidó bajo la bandera del marxismo, bajo la bandera de la idea de la dictadura del proletariado, bajo la bandera del leninismo, que es el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Representa, por tanto, el triunfo del marxismo sobre el reformismo, el triunfo del leninismo sobre el socialdemocratismo, el triunfo de la Tercera sobre la Segunda Internacional.

(El carácter internacional de la Revolución de Octubre.—1927).

Las grandiosas realizaciones del poder soviético

EN EL XXXIV ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION SOCIALISTA DE OCTUBRE

Por JUAN VICENS

EN estos días celebra la Unión Soviética el XXXIV aniversario de la gran Revolución Socialista de Octubre, acontecimiento de enorme trascendencia, que inició una nueva época en la historia de la humanidad. Gracias a esa Revolución, que llevó a cabo el proletariado ruso, aliado a los campesinos, encabezado y orientado por el Partido Bolchevique y bajo la dirección de los grandes genios de la humanidad, Lenin y Stalin, nació el primer Estado socialista del mundo, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Desde hacía siglos, las mentes más distinguidas de la humanidad soñaban con un régimen de justicia y de felicidad para los hombres. Las revoluciones que hasta entonces habían tenido lugar habían dado por resultado la substitución de unos opresores por otros y nunca habían terminado con la explotación de la mayoría por una minoría de privilegiados.

La enorme importancia de la Revolución de Octubre y del nacimiento de la Unión Soviética ha consistido en haber llevado por primera vez en el mundo esos sueños lejanos a la realidad concreta. Esa Revolución ha acabado por completo en la sexta parte del mundo, con la explotación del hombre por el hombre, y ha puesto el poder en manos del pueblo trabajador.

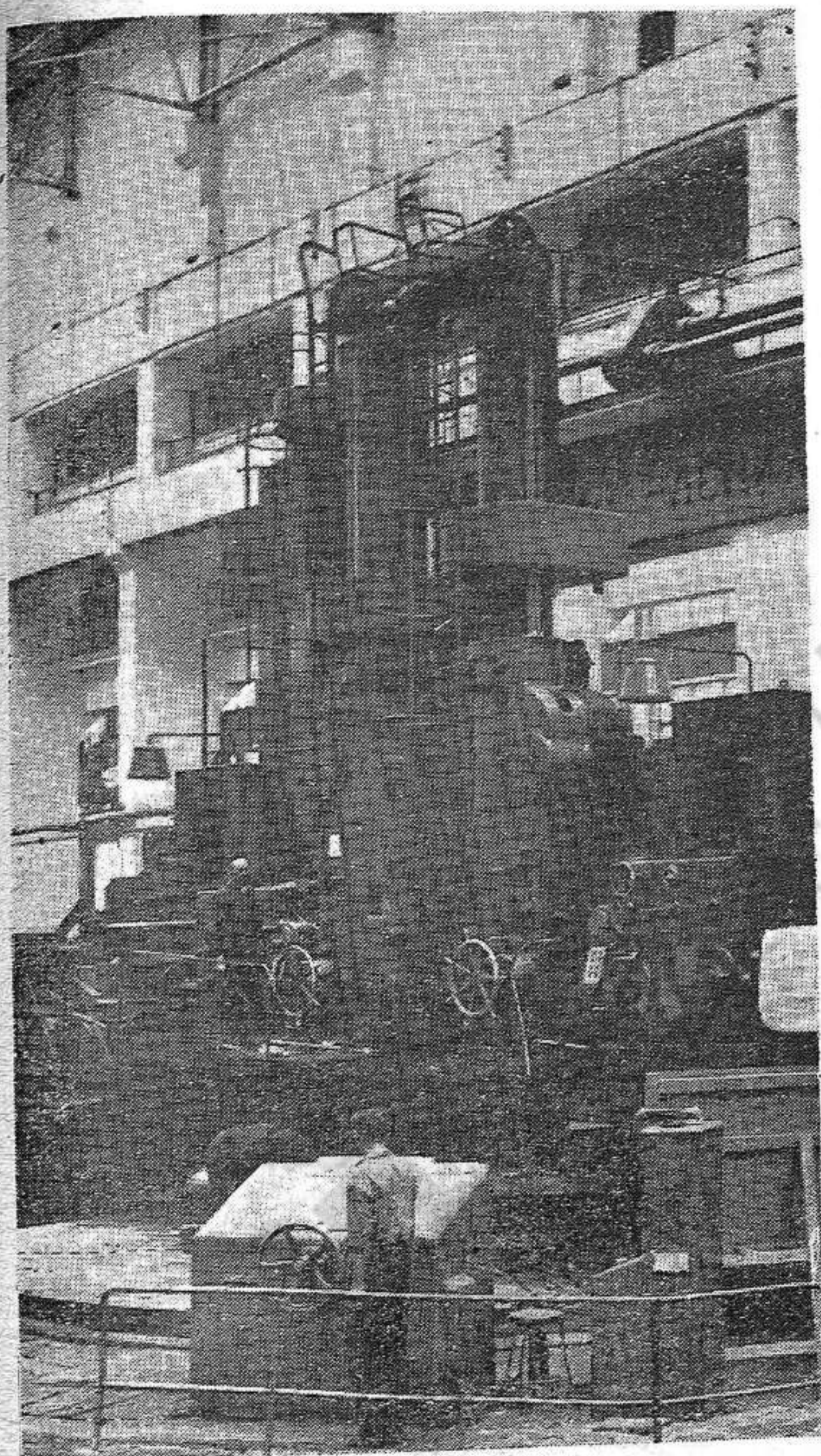
De ese modo, en la U.R.S.S., los instrumentos y medios de producción pertenecen a todo el pueblo y se emplean en beneficio de todos, y existe verdadera y completa igualdad entre todos los ciudadanos, independientemente de su sexo, raza, religión, opiniones políticas, posición económica y hasta de su actuación en el pasado. Es la Unión Soviética un Estado multinacional, donde existe verdadera y completa igualdad entre todas las nacionalidades y pueblos que la habitan, de tal modo que las regiones antes atrasadas se han incorporado rápidamente a la vida económica, política y cultural del país y han alcanzado un progreso antes inconcebible, su unión es absolutamente voluntaria y gozan del derecho de separarse de ella si lo desean.

Las mujeres participan activamente en todas las esferas de la vida política, del Estado, económica y cultural. En las elecciones del Soviet Supremo en marzo del año pasado, resultaron elegidas 280 mujeres, y sólo en las de soviets locales de la República de Rusia, en diciembre del mismo año, fueron elegidas diputadas de los trabajadores 287,843 mujeres, o sea 35.7% del total. Es también enorme el número de mujeres que presiden koljoses y que ocupan puestos destacados en la industria, en el campo de la cultura, etc.

Cada miembro de esa gran familia humana siente que cuanto más y mejor trabaje, mejor y más felizmente vivirán él y los demás, porque los frutos del trabajo no se los apropia ya un puñado de privilegiados. Esa es la causa de la nueva actitud hacia el trabajo que hace que cada trabajador se sienta impulsado a trabajar más y con mayor perfección cada día, y que lejos de realizar su trabajo como un deber penoso, lo considere como empresa luminosa y brillante, que es parte de la construcción de una sociedad cada vez más perfecta y feliz. De ese modo se ponen en libertad constantemente fuerzas inmensas de trabajo y creación. Los propios trabajadores iniciaron la emulación en el trabajo, y lejos de cumplir mecánicamente sus tareas, estudian e investigan y por todas partes presentan innovaciones de la técnica y nuevos procedimientos de racionalización, de ahorro de tiempo y de materiales y de mejora de la calidad de los productos.

La segunda guerra mundial vino a interrumpir la marcha ascendente de la U.R.S.S., a causa de las devastaciones y destrucciones que llevaron a cabo las hordas nazis y del esfuerzo que exigió del pueblo soviético para arrojar al invasor y vencerlo en su propio territorio. El pueblo soviético, dirigido por su jefe genial J. V. Stalin, libró así a la humanidad del peligro de esclavización y de regreso a la barbarie. La guerra fue una prueba terrible para la solidez y vitalidad del sistema soviético, que se mostró muy superior al capitalista, y esa prueba demostró también la firmeza y unidad del Estado soviético multinacional, ya que todos los pueblos que habitan la U.R.S.S. se levantaron unánimemente y dieron pruebas extraordinarias de heroísmo en defensa de la amada patria común, de las conquistas que ya habían alcanzado y de las que ha de traerles la construcción del comunismo.

De entre los múltiples aspectos que ofrece el estudio de la U.R.S.S. y que no caben en un artículo, voy a examinar a grandes rasgos sólo algunos de ellos:



Torno de la fábrica metalúrgica "Stalin" de Leningrado termina la tapa del cilindro de una turbina hidráulica destinada a la central hidroeléctrica de Tsimlianskaia.

ECONOMIA

La economía de la U.R.S.S. se basa en la propiedad social de los instrumentos y medios de producción, y de ese modo, la economía entera del país está subordinada al bien de todos. Gracias a eso, ha sido posible organizar la producción en su conjunto de modo coherente. Se lleva a cabo la producción según un plan de Estado, que no se establece arbitrariamente desde arriba, sino que en su estudio y discusión participan todos los trabajadores. Finalmente, los planes parciales los coordina la Comisión del Plan de Estado y el plan se pone en vigor y se lleva a la práctica.

Pero a consecuencia de la nueva actitud hacia el trabajo, los trabajadores comienzan enseguida a contraer compromisos voluntarios de superar el plan y de cumplirlo antes del plazo. Los dos primeros planes quinquenales, anteriores a la guerra, se cumplieron antes del plazo y se superaron. El tercero quedó interrumpido por la guerra, pero durante ésta realizó el pueblo soviético increíbles hazañas en el trabajo, que con las

de los combatientes, aseguraron la victoria sobre Alemania nazi y el Japón militarista. Después de la guerra, se ha llevado a cabo antes del plazo y superado el cuarto plan quinquenal, primero de la postguerra. La U.R.S.S. restableció rápidamente lo que destruyó la guerra, alcanzó muy pronto el nivel de producción anterior a la contienda y lo ha superado después considerablemente. En la imposibilidad de seguir ese proceso en detalle, habré de limitarme a mencionar estas grandes cifras globales. En 1940, la gran industria de la U.R.S.S. produjo 12 veces más que Rusia zarista en 1913, y la construc-

ción de maquinaria 50 veces más. En 1950, la producción industrial fue 73% mayor que en 1940, y el ascenso continúa.

La agricultura ha seguido un proceso semejante. De la agricultura atrasada que existía en Rusia zarista, se ha pasado a la colectivización del campo y a una agricultura moderna, científica y la más mecanizada y poderosa del mundo. Los campesinos trabajan agrupados en koljoses, gracias a lo cual logran enormes cosechas y su nivel de vida se eleva incesantemente. Existen además los sovjoses, grandes haciendas del Estado, que además de ser verdaderas fábricas agrícolas modelo, ayudan a los koljoses en los terrenos técnico y científico, les proporcionan simientes seleccionadas, etc. Existen también estaciones de máquinas y tractores, que mediante contratos llevan a cabo las faenas principales de los koljoses con poderosa maquinaria moderna. Aumenta incesantemente la mecanización de la agricultura y constantemente inventan los técnicos soviéticos nuevas máquinas más perfectas. Actualmente alcanza enorme desarrollo el empleo de tractores y máquinas movidos por la electricidad. Durante el curso del cuarto plan quinquenal ha recibido la agricultura de la Unión Soviética 536,00 tractores (en unidades de 15 H.P.), 93,000 segadoras trilladoras de cereales, de ellas 39,000 automotrices, 341,000 arados, 254,000 sembradoras, 249,000 cultivadoras de tractor y número enorme de otras máquinas y útiles agrícolas.

Como consecuencia, el volumen de las cosechas aumenta incesantemente. En 1948, la cosecha global de cereales ascendió a más de 7,000 millones de *puds* (un *pud* equivale aproximadamente a 16 kilos) y le faltó poco para llegar al nivel anterior a la guerra. En 1949 y 1950, el rendimiento de los cultivos cerealistas superó 13% el de 1940. En 1950, la cosecha global de cereales superó el nivel anterior a la guerra en 345 millones de *puds*, y en particular, la producción de trigo aumentó en 376 millones de *puds* respecto de 1940. En el año actual, las cosechas han superado considerablemente las de 1950.

LA TRANSFORMACION DE LA NATURALEZA Y LAS GRANDES OBRAS DEL COMUNISMO.

En cuanto la U.R.S.S. pudo restablecerse de lo que destruyó la guerra y tuvo su economía en marcha ascendente, empezó a elaborar y a poner en marcha, a iniciativa y bajo la dirección del gran Stalin, planes inmensos de transformación de la naturaleza. Primero, por medio principalmente de la plantación de enormes franjas forestales protectoras de los campos, en la parte europea de la U.R.S.S., que cerrarán el paso a los vientos cálidos y secos, destructores de las cosechas. Según el plan, han de crearse, en el período de 1949 a 1965, franjas forestales con extensión total de 5.700,000 hectáreas, además de otras que plantarán los koljoses, que elevarán el total a 6 millones de hectáreas. Hasta mediados del año actual se habían plantado ya franjas de más de 1.350,000 hectáreas de superficie. Como complemento de ese plan se estableció otro de construcción de más de 44,000 estanques y embalses, para aprovechar hasta la última gota de agua, y otro de rotación de cultivos con inclusión de plantas forrajeras.

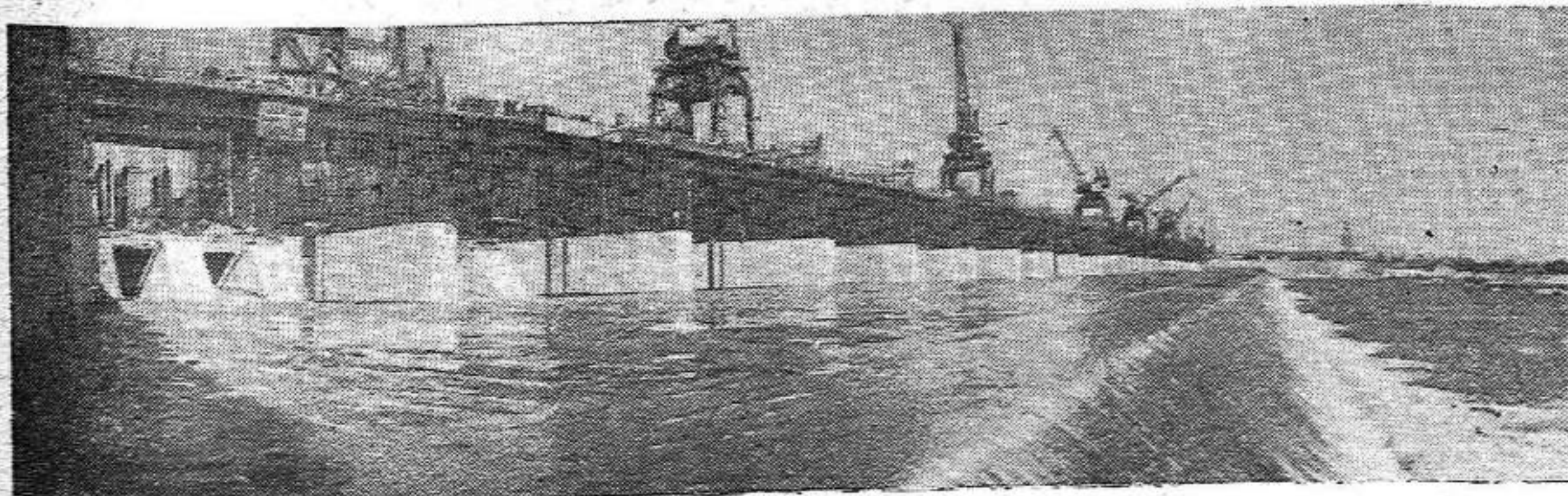
Posteriormente se estableció un plan de tres años para el desarrollo intensivo de la ganadería, y más tarde un nuevo sistema de riego, que suprime la mayoría de las acequias permanentes, para abrirlas solamente cuando de-

ben utilizarse. Gracias a ese sistema, se pueden explotar más a fondo las tierras y emplear mejor las máquinas agrícolas. Para llevarlo a la práctica se han fabricado máquinas especiales que abren acequias o las aplanan con gran rapidez y facilidad.

Finalmente, se han establecido y puesto en marcha los planes de las que el pueblo soviético llama *grandes obras del comunismo*, gracias a las cuales se regarán enormes extensiones de estepas y desiertos, se producirán cantidades gigantescas de energía eléctrica y como consecuencia del aumento de la humedad en millones de hectáreas, se modificará favorablemente el clima en enormes extensiones. Las *grandes obras del comunismo* son hasta ahora las siguientes: Las centrales hidroeléctricas de Kuibishev y Stalingrado, en el Volga, que serán las mayores del mundo y rendirán cada una 10,000 millones de kilovatios hora al año, y que junto con las del Dnieper, el Don y el Amu Daria, compondrán una potencia total de 4 millones de kilovatios y aumentarán la potencia eléctrica de la U.R.S.S. en 23,000 millones de kilovatios hora al año. Los Canales del Sur de Ucrania y del Norte de Crimea, con la enorme presa de Kajovka en su arranque en el Dnieper. El Gran Canal de Turkmenia, que regará inmensas extensiones en regiones ahora desérticas y producirá también, en la presa de arranque, gran cantidad de energía. El Canal navegable Volga-Don, que además del riego y producción de energía eléctrica proporcionará una vía navegable de gran importancia, que completará el sistema que unirá los cinco mares: Báltico, Blanco, Caspio, Negro y de Azov.

Habré de limitarme a citar algunas cifras globales. Se suministrará, gracias a esas obras, agua a cerca de 28 millones de hectáreas. Incluyendo la superficie total que se regaba ya, que era de 8.500,000 hectáreas, la superficie de tierras regadas y abastecidas en agua se elevará en la U.R.S.S. a de 34 a 35 millones de hectáreas. Y conviene tener en cuenta que la superficie regada total en el mundo es de 70 a 80 millones de hectáreas. Si se calcula que en toda su historia, la humanidad entera ha conquistado a los desiertos unos 90 millones de hectáreas, los 28 millones que ahora conquista la U.R.S.S. suponen cerca del tercio de las conquistas totales de la humanidad. En cuanto a los canales, la longitud total de los que se construyen será de cerca de 3 mil kilómetros.

Las aguas del Don pasan por primera vez, el 20 de septiembre de 1951, por la presa de Tsimlianskaia, al canal de derivación de ese gigantesco sistema hidráulico.



SE ELEVA EL NIVEL DE VIDA DE LA POBLACION.

A consecuencia de todas esas transformaciones y de la producción siempre creciente, el nivel de vida de los ciudadanos de la U.R.S.S. se eleva sin cesar. Desde que terminó la guerra, han tenido lugar cuatro rebajas de los precios de los artículos de consumo e industriales, a pesar de que paralelamente, han subido los salarios en todas las profesiones; o sea el proceso contrario al que tiene lugar en los países capitalistas. Aumenta así constantemente el consumo de la población. En todo el país, tanto en las ciudades como en el campo, tiene lugar enorme construcción de viviendas confortables, de edificios públicos, de nuevas ciudades y de reorganización de las ya existentes. Todos los trabajadores tienen vacaciones pagadas, para gozar de las cuales, disponen de enorme número de sanatorios y casas de reposo. Toda la población es objeto de asistencia médica gratuita y se dispensan cuidado y protección solícitos a las madres y a los niños. También en el campo se hace la vida más cómoda y culta y las aldeas de antaño se van convirtiendo en verdaderas ciudades rurales con todas las comodidades.

CULTURA.

Realizaciones igualmente considerables han tenido lugar en el terreno de la cultura. Esta es hoy en la U.R.S.S. patrimonio del pueblo entero, ante el cual están abiertas de par en par las puertas de la ciencia, de la cultura y del arte. La ciencia y todas las actividades culturales están al servicio de los trabajadores y del pueblo y al de la transformación de la sociedad y viven en estrecho contacto con el trabajo en todas sus manifestaciones.

A comienzos del régimen soviético se implantó ya la enseñanza primaria general y obligatoria de cinco cursos. El número de los que seguían estudiando otros dos años, para cursar la enseñanza secundaria incompleta y el de los que llegaban hasta el décimo año, que es el último de la enseñanza secundaria completa, era ya cada vez mayor, y para ello ofrecía el Estado grandes facilidades, becas numerosísimas, residencias para los alumnos, inscripciones, libros y material gratuitos, etc. Pero además, desde 1950 existe en la U.R.S.S. la enseñanza general, gratuita y obligatoria de siete grados.

En el curso actual se han inscrito 40 millones de alumnos en 220,000 escuelas medias, profesionales y superiores, en las que enseñan cerca de 1.600,000 maestros en más de cien lenguas de pueblos de la U.R.S.S. En el presupuesto de este año, el Gobierno soviético ha asignado a las necesidades de la enseñanza 59,000 millones de rublos, o sea 13% del presupuesto total, y a la defensa 21.3%. En cambio en los Estados Unidos se destina a la instrucción pública menos de 1% del presupuesto y a la preparación de la guerra más de 75%.

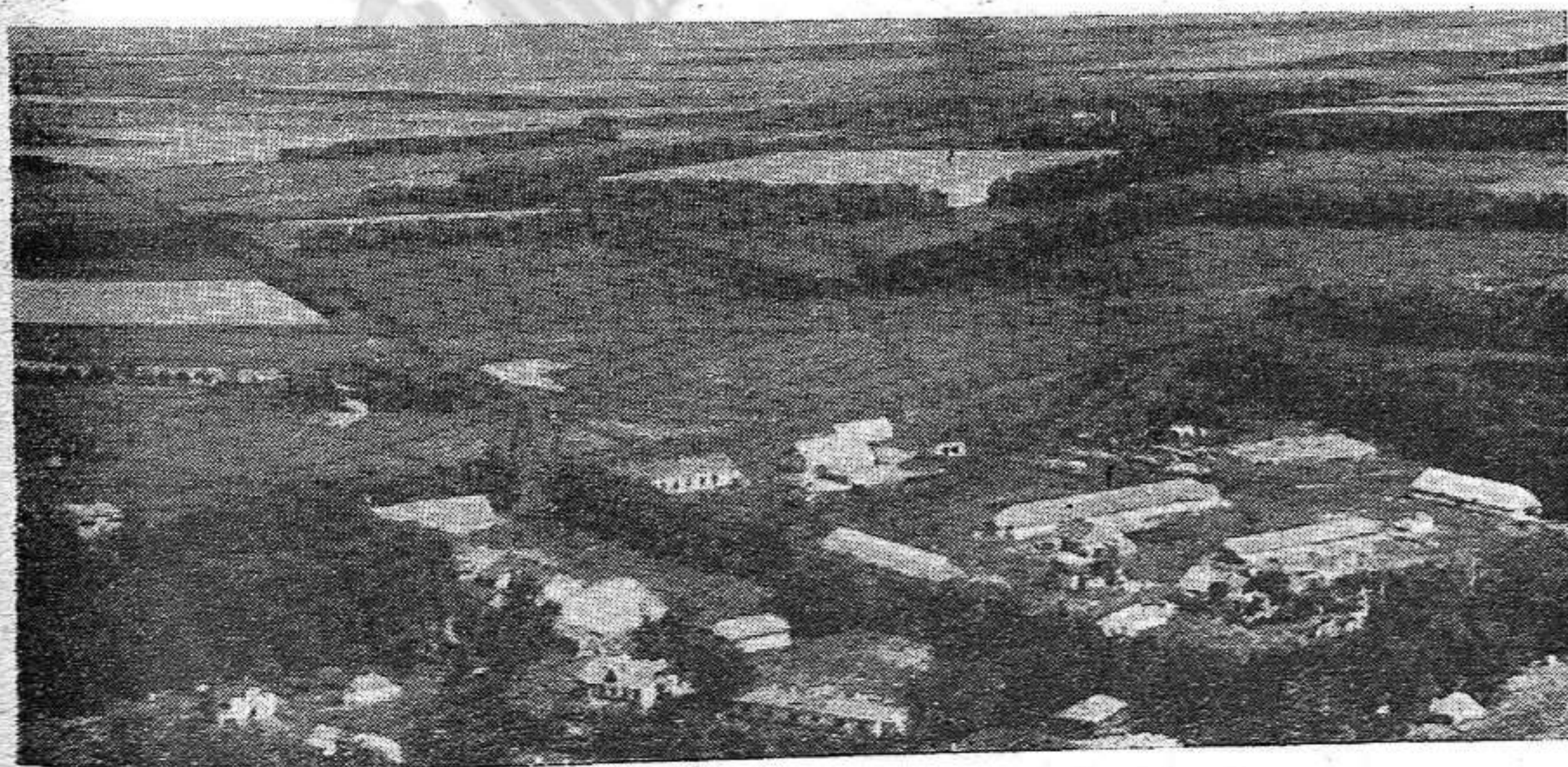
Además de las escuelas primarias y secundarias de tipo ordinario, existe enorme variedad de escuelas técnicas, profesionales, artísticas, etc. y de cursos por correspondencia, enseñanza libre, cursos nocturnos y muchas otras cosas semejantes. Enorme número de obreros y de campesinos van convirtiéndose de simples trabajadores en técnicos especializados y en ingenieros, y por todos esos medios se van borrando las diferencias entre el trabajo ma-

ual y el intelectual y entre el industrial y el agrícola. Inmensa red de instituciones culturales, clubes, casas de la cultura, bibliotecas y círculos técnicos, artísticos, teatrales, musicales y literarios permiten a todos los trabajadores aumentar su cultura general, literaria, artística, etc. Sólo las bibliotecas sindicales de la U.R.S.S. en su conjunto poseen 50 millones de volúmenes. Y téngase en cuenta el enorme número de bibliotecas del Estado y sus fondos gigantescos. La Biblioteca *Lenin* de Moscú, la mayor del mundo, posee 14.500,000 libros y colecciones de periódicos y revistas.

La Academia de Ciencias de la U.R.S.S., los Institutos, laboratorios y centros diversos que de ella dependen, sus filiales en ciertas Repúblicas, las Academias de Ciencias de otras, las Academias de Medicina, de Agricultura, de Pedagogía, de Arquitectura y muchas otras instituciones culturales superiores llevan a cabo enorme labor científica en el país, estrechamente ligada a la producción, a la vida diaria y a la transformación de la naturaleza, de la sociedad y del ser humano.

La ciencia soviética está firmemente basada en el materialismo dialéctico e histórico, y por eso no tiene ante sí las trabas y barreras que se alzan ante ella en los países capitalistas. La ciencia, entregada a su desarrollo natural, corre inevitablemente por cauces revolucionarios, favorables a la transformación de la sociedad que exige la evolución natural de ésta. Por eso en los países burgueses, los grandes intereses capitalistas no pueden tolerar su libre desarrollo, sino que la aherrojan y la reducen a desarrollar medios de destrucción al servicio de la preparación de la guerra agresiva y al hallazgo de medios de aumentar los beneficios de los grandes intereses monopolistas. Libre de esos obstáculos y asentada sobre su firme base materialista, la ciencia se desarrolla libremente en la U.R.S.S., y a favorecer ese desarrollo han venido las fecundas discusiones que allí han tenido lugar, gracias a las cuales se han eliminado los restos de la ideología burguesa idealista y reaccionaria, que entorpecían el desarrollo científico.

Franjas arbóreas de protección, en los campos del Instituto de Agricultura Dokuchav



Gracias a esa situación, se suceden los descubrimientos sensacionales, como los referentes a la naturaleza de la célula y de la materia viva, de los profesores Bochar y Lepeshinskaia; los que ha realizado en el campo de la herencia biológica la escuela michuriniana que encabeza el académico Lisenko, tan fecundos para la agricultura y la ganadería, al mejorar especies y variedades de plantas y animales y crear otras nuevas, elaborar nuevos métodos de cultivo y cría de animales, adaptar en proporción creciente especies productivas a climas en que antes no podían vivir, etc.; los astronómicos del académico Ambartsumian y muchos otros.

La literatura y el arte, en los que también ha tenido lugar esta eliminación de tendencias idealistas y formalistas, florecen impetuosamente. Tiene lugar ese florecimiento por el cauce del realismo socialista, gracias al cual, la literatura y el arte soviéticos son expresión de la nueva sociedad soviética, de su gran desarrollo y progreso, de sus inmensas realizaciones, del luminoso futuro que allí se está forjando, y del hombre nuevo, constructor de esa nueva sociedad, de su fuerza, de su ideología y de su limpieza moral. Panorama bien distinto al del arte y la literatura burgueses, con sus visiones pesimistas de decadencia, perversión, vicio y crímenes.

Todas esas transformaciones que tan rápidamente he esbozado y muchas otras que es imposible reseñar en estas páginas, la derrota del nazismo, las grandes realizaciones del régimen soviético, la feliz construcción del socialismo y la creación de las bases del comunismo que ahora tiene lugar, son consecuencia de la gran Revolución Socialista de Octubre, del establecimiento del régimen soviético, de la justa política del Partido Bolchevique y de la sabia dirección del gran Stalin, a cuya visión certera e iniciativa se debe la realización de todas esas transformaciones y actualmente la de las grandes obras del comunismo.

LO QUE HA SIGNIFICADO LA REVOLUCION DE OCTUBRE PARA EL MUNDO.

La gran Revolución Socialista de Octubre no ha sido sólo fecunda para la Unión Soviética, sino que ha sido un acontecimiento trascendental para el mundo en su totalidad. La transformación de la sociedad para establecer relaciones humanas justas no es ya un sueño, sino una realidad viva en la sexta parte del mundo, y después de la segunda guerra mundial, han comenzado a seguir ese camino las democracias populares, luego la inmensa China y más tarde la República Democrática Alemana, y en su avance hacia el socialismo, la ayuda de la U.R.S.S. es decisiva. Por eso las masas oprimidas y explotadas en los países capitalistas miran a la U.R.S.S., en la que ven la posibilidad tangible para ellas de un futuro luminoso y feliz. La existencia misma de la Unión Soviética impulsa así la transformación de la sociedad en todo el mundo. Por otra parte, la justa solución del problema nacional en la Unión Soviética, que habitan tantas nacionalidades y pueblos, muestra la vía a los países coloniales y dependientes, que ven así con sus propios ojos el camino de su emancipación. Por eso la lucha de esos países por su libertad e independencia se agudiza cada día y los fundamentos del sistema colonial se cuartejan y amenazan ruina.

La Unión Soviética marcha a la cabeza de la humanidad progresiva y

es un faro luminoso al que miran todas las gentes honradas y progresivas de la Tierra. Especialmente importante es el papel de la U.R.S.S. como vanguardia y abanderada de la paz. Desde que inició su existencia, la U. R. S. S. ha practicado consecuente política de paz. Uno de los primeros actos del nuevo Estado soviético fue el decreto de la paz firmado por Lenin, y desde entonces, no ha cesado de practicar una política de paz en todos sus actos en el campo internacional.

Viene eso de la naturaleza misma del régimen soviético, donde no hay explotadores capitalistas que puedan beneficiarse con la guerra o con la conquista de territorios ajenos. El pueblo soviético está absorrido en sus tareas pacíficas creadoras, que he esbozado anteriormente, y en ellas concentra todas sus energías y su atención. Esas tareas exigen la paz y nada hay más contrario a ellas que la guerra, que por eso odia el pueblo soviético.

En la actualidad, frente a los incendiarios imperialistas de la guerra, que se obstinan en provocar una nueva contienda mundial, la cual esperan que como la anterior, sea para ellos fuente de enormes superbeneficios, la U.R.S.S. no ahorra esfuerzos para impedir la preparación y desencadenamiento de la guerra, la carrera de armamentos y el empleo de la energía atómica con fines de destrucción y de agresión. El campo de la paz y de la democracia, a cuyo frente marcha la Unión Soviética, crece, se desarrolla y se refuerza, y a la cabeza de ese inmenso frente, marcha el gran abanderado de la paz, la democracia y el progreso, J. V. Stalin.

También para España ha sido trascendental la gran Revolución Socialista de Octubre. En nuestro país, también agrícola predominantemente y donde la economía está en manos de un puñado de terratenientes y de grandes capitalistas, servidores del capitalismo extranjero, esa Revolución ha mostrado al pueblo español el camino para librarse de la opresión de la minoría de explotadores. Durante nuestra guerra, España inició la marcha por el camino que hoy siguen las democracias populares, en el sentido de establecer una verdadera democracia dinámica y en evolución progresiva, donde la fuerza fundamental fuera la clase obrera, aliada a los campesinos, única fuerza capaz de establecer una verdadera democracia y de desarrollarla en la mayor medida posible.

Interrumpió ese proceso la victoria momentánea del fascismo franquista, en beneficio de los grandes intereses extranjeros y de los capitalistas y terratenientes del país. Hoy vive el pueblo español tiranizado y oprimido por el franquismo, puesto hoy, más que nunca, al servicio del imperialismo y de la preparación de la guerra. El pueblo español, y especialmente su clase obrera, encabezada y dirigida por el Partido Comunista de España, comprenden claramente que el camino de su salvación es la lucha activa contra Franco y el imperialismo, en un gran Frente Nacional, y en la participación entusiasta en el movimiento de la paz, que encabeza la gloriosa Unión Soviética, nacida de la Revolución de Octubre.



A . F A D E E V

EL TRABAJO DEL ESCRITOR

CUANDO se habla de la maestría artística del escritor debemos tener siempre presente tres aspectos fundamentales. En primer término, para escribir hay que conocer la vida a la perfección, marchar al unísono con la época, *ser contemporáneo* en la acepción de esta palabra, es decir, estar a la altura de las ideas avanzadas de la época y vivir la misma vida del pueblo.

En segundo término, es preciso ver en forma clara y definida el objetivo que uno persigue al escribir y al que supedita la concepción de la obra.

Y en tercero y último lugar, se debe tener presente que la labor del artista es un aspecto del trabajo humano, un aspecto específico, si se quiere, pero que no por eso deja de ser trabajo. Ello significa que el escritor, al igual que quienes trabajan en otras ramas de la actividad humana, necesita estudiar continuamente y con perseverancia la maestría de su oficio, desde lo más elemental de la técnica (pues la labor literaria, como cualquier otra, tiene también su técnica propia) hasta los problemas más complicados de la forma.

Extracto de una conferencia pronunciada ante los estudiantes del Instituto Gorki de Literatura

El literato necesita conocer siempre la vida. Ni que decir tiene que al escritor de nuestro tiempo le será imposible trabajar en una obra, dado el desarrollo impetuoso de la realidad soviética y la lucha enconada entre lo nuevo y lo viejo, si no conoce profundamente la vida y no marcha al unísono de ésta con plena conciencia. Antes era, frecuente oír a un escritor: "Me basta con vivir y relacionarme con la gente. No necesito hacer ningún esfuerzo especial para conocer la vida. Vivo, medito sobre la vida y escribo". Mas pensad vosotros en la realidad soviética actual, y veréis que es tan variada y se desarrolla tan impetuosamente, que sólo las meditaciones, sin un estudio perseverante y continuo de los fenómenos de la vida, resultan por demás insuficientes.

Sirva de ejemplo lo que me ocurrió a mí cuando estaba terminando de escribir *La Joven Guardia*. Entonces concebí una nueva obra. Partiendo de algunas observaciones recogidas en los koljoses durante los primeros meses de la postguerra, se me ocurrió un tema sobre la juventud koljosiana. En mi mente forjé ya el plan de una nueva novela. Pero entonces, en 1946-1947, no pude llevar a efecto mi propósito. Los materiales que debían servir para mi novela se hicieron viejos en seguida: los jóvenes ya no eran los mismos que yo había visto, otros eran los koljoses, y la vida me dictaba ya episodios muy distintos. Todo había cambiado, todo había seguido avanzando. La base ideológica de mi plan quedaba en pie. Los protagonistas, claro es, continuaban siendo los mismos en lo fundamental. Pero había que examinarlos a la luz de las nuevas condiciones de vida, y para ello debía cursar un nuevo grado en la escuela de la vida.

Pero, además del conocimiento de la vida actual, se plantea ante el escritor un problema más difícil: está llamado a anticiparse a muchos acontecimientos, a ver, en los primeros brotes de lo nuevo, esto nuevo victorioso ya.

Nuestras obras gigantescas son tan grandiosas incluso en sus planes iniciales que, por mucho que leamos en los periódicos y hablemos entre nosotros, no podremos forjarnos una idea completa de cómo la realización de esos planes transformará nuestra vida, y no sólo en cuanto al desarrollo de nuevas fuerzas productivas, sino también en los grandes cambios que irremisiblemente se operarán en nuestra conciencia. El literato que no se ponga ya hoy a recoger ese nuevo material, que no comience a estudiarlo con todo detalle (y no empiece simultáneamente a estudiar él, a elevar su conciencia ideológica y ensanchar el círculo de sus conocimientos generales, para aprender a mirar al futuro y tener la posibilidad de sintetizar y prever) quedará rezagado sin remedio, y no podrá más tarde escribir nada sobre esas obras.

Tan sólo aprendiendo continuamente de la misma vida, asimilando la ciencia leninista-stalinista sobre el desarrollo de la sociedad y teniendo grandes conocimientos reales de las más diversas ramas, puede el escritor marchar al unísono con la vida y, además, aventajarla, prever muchos acontecimientos.

Cuando hoy hablamos del artista innovador no damos, o mejor dicho, no damos sólo a esta asociación de palabras, el sentido que se le daba en tiempos pasados. Entonces se entendía por escritor innovador aquél que descubría nuevos métodos, nuevas formas. Es indiscutible que estos descubrimientos son necesarios. Sin ellos no se concibe el progreso del arte. Mas para nosotros la innovación encierra un significado incomparablemente superior. Llamamos innovador al que, ante todo, descubre lo *nuevo* en la *vida*, y plasma en forma artística eso nuevo en su desarrollo y en su perspectiva.

El afán de que triunfe lo nuevo, agrupado bajo la denominación común de comunismo, determina el objetivo al que el escritor soviético supedita toda su obra.

Sin embargo, este objetivo no puede ser alcanzado si no se comprende la naturaleza del trabajo del escritor. Una obra en prosa, digna de este nombre —sea un cuento o una novela—, únicamente puede ser escrita como resultado de un gran trabajo perseverante, y no sólo mental, sino también físico.

Es difícil imaginar una obra en prosa terminada del todo que no haya sido escrita tres veces como mínimo a mano o a máquina, que esto último es ya sólo cuestión secundaria. Aun cuando un escritor haya pensado y repensado concienzudamente su obra, sólo en muy raros casos consigue llevar a efecto su plan por completo, tal como se lo había trazado en un principio.

Antaño sucedía, y hoy día también, que el escritor tiene su plan. Puede tenerlo escrito en el papel o forjado mentalmente; esto también es cosa de hábito individual. Mas en cuanto comienzan a perfilarse los personajes, éstos mismos comienzan a introducir sus enmiendas en el plan inicial. La lógica del desarrollo de los personajes en las condiciones dadas modifica, y a veces hasta rompe, el plan trazado. En el curso del trabajo hay que desechar viejas ideas y renovar otras.

Por ejemplo, en *La derrota*, según mi idea inicial, Méchik debía suicidarse. Pero más tarde ya no podía terminar así, y acaba traicionando, sin suicidio. En un principio Metélitsa era una figura de décimo orden, pero en el curso del trabajo vi que debía ocupar en la novela un lugar importante. Cuando esto le sucede a uno, al principio se asombra, incluso ofrece resistencia, hasta que termina por comprender: "este personaje me corrige".

El lenguaje exige un trabajo minucioso y un gran esfuerzo por expresar lo más fielmente posible lo que uno ve y ha cristalizado en su conciencia. Ante el escritor se abre un océano de palabras, de conceptos; para expresar cualquier pensamiento o imagen busca diez, quince, veinte palabras... Mas ¿cómo elegir aquéllas que expresen con la máxima justeza lo que uno ve y quiere decir? Muchos olvidan que incluso las frases de las conversaciones y diálogos de una obra literaria no son las que simplemente le acuden a uno a la cabeza, semejan-

res a las que se emplean en la conversación habitual, corriente. Estas frases en la novela se construyen también. Y el proceso de su construcción es complicado y no mecánico.

El escritor traza varias frases, y de pronto experimenta profundo desencanto. No le resulta como él quería; quisiera desechar una frase, en otra cambiar el orden de las palabras, sustituir unas voces por otras. Algunos escritores efectúan esta labor cuando ya han terminado la novela desde el principio hasta el fin; otros muchos comienzan este trabajo en seguida: escriben una frase e inmediatamente se ponen a pulirla. No pueden seguir adelante si no están percatados de que atrás dejan algo ya acabado, un tanto pulido, por lo menos. El primer método proporciona una gran economía de tiempo. Sin embargo, no todos son capaces de sobreponerse a esa sensación de desagrado que produce lo que uno acaba de escribir. Cuando yo era más joven no podía escribir, sin interrumpirme, ni un solo capítulo. Inmediatamente comenzaba a volver a escribir, a pulir, y sólo después de esta labor proseguía adelante. Pasaba el tiempo y con frecuencia veía que párrafos enteros, que habían sido los más laboriosos, no eran necesarios en general. Por ello, al correr los años me fuí sobreponiendo y empecé a escribir a grandes fragmentos, que después iba puliendo. Así se ve mejor lo que es desechable en absoluto.

Todos los grandes escritores de antaño comprendían sin excepción la importancia del trabajo que se requiere para crear una obra. Por eso no hay lectura más útil y alentadora para el literato que la de todo género de opiniones de los grandes maestros del pasado sobre cómo escribían, de cómo trabajaban, la lectura de su correspondencia epistolar y los consejos que se daban mutuamente.

El ejemplo más próximo a nosotros de trabajo incansable y exigente en sus obras es el que nos ofrece Máximo Gorki. Todos sus originales revelan el trabajo colosal y la titánica fuerza espiritual de Máximo Gorki.

En el Museo de Tolstoi, donde se conservan los originales de León Tolstoi, puede uno percatarse de cuán exigentes eran consigo mismos los escritores de antaño. Contempla uno embargado de emoción y respeto los originales de *Resurrección*: primera, segunda, tercera, cuarta variante... Algunas obras de Tolstoi tienen hasta quince y veinte. Los investigadores han hallado de un artículo de este escritor más de noventa variantes.

En los cuadernos de notas de Tolstoi se ve el tremendo trabajo preliminar que realizaba al ponerse a escribir un nuevo libro. Tolstoi estudiaba sin descanso. En sus cuadernos de notas se conservan los dibujos de todo género de experiencias, que él efectuaba para estudiar la Física. En ellos se recogen conversaciones mantenidas con las gentes. Además, Tolstoi se dedicaba en particular al estudio del idioma ruso, anotaba las expresiones populares típicas, analizó el diccionario de Dai

y escribió unos comentarios al mismo, construyendo diferentes frases por vía de ensayo.

Al estudiar esos cuadernos de notas ve uno el crecido número de palabras recogidas por Tolstoi, sin ligazón con su labor sobre una novela determinada, sencillamente para estudiar, *para él mismo*.

Hay también muchos ejercicios gramaticales. En ellos vemos cómo se ejercitaba en el empleo de toda clase de formas verbales compuestas. Es notorio que Tolstoi empleaba frases sumamente largas y trabadas, con abundancia de oraciones subordinadas. Por esta razón tenían para él una importancia tan extraordinaria las formas de los participios y gerundios de los diferentes verbos.

Recuerden los trabajos del camarada Stalin sobre lingüística y comprenderán perfectamente la esencia y la importancia de este aspecto del trabajo del escritor.

Para sentirse fuerte en su lengua natal, Tolstoi se dedicaba en primer término a estudiar detenidamente el fondo esencial del léxico de la lengua rusa, el fondo que perdura a través de los siglos, y por otra parte, el desarrollo histórico del idioma. Tolstoi estudiaba todas las fuentes originarias por las que cabe juzgar cómo se ha ido enriqueciendo y continúa enriqueciéndose el léxico.

En los últimos años de su vida, Tolstoi se esforzó por encontrar la frase de máxima sencillez y claridad. Todos sus apólogos y muchos de sus cuentos de los últimos años están escritos en un idioma totalmente distinto a *La guerra y la paz* y *Anna Karénina*. En *El prisionero del Cáucaso* se propuso como meta simplificar al máximo la frase, y lo logró. Hasta un niño puede entender este cuento.

Un trabajo parecido de perfeccionar el idioma de sus obras ha sido realizado, naturalmente, por muchos escritores, aunque puede que no en la magnitud que lo hiciera Tolstoi.

Gorki aconsejaba constantemente a los escritores noveles que leyeran los cuentos populares rusos y conocieran los refranes de su pueblo. También aconsejaba que se leyera a los escritores "amantes de la palabra expresiva". Gorki decía que era preciso leer a Leskov y las obras *En los bosques* y *En las montañas de Mélnikov Pecherski*, pues el léxico que poseían estos escritores era riquísimo.

Como es natural, la revolución enriqueció enormemente el idioma. Sería imperdonable que el escritor renunciara a esa riqueza incalculable y no sintiese el afán de incorporarla a la literatura. Mas al hacerlo debe uno cuidarse de no sembrar el idioma de neologismos, términos, dialectismos y palabras que tienen tan sólo una vida efímera. Al enriquecer el fondo del léxico es necesario conservar la base del idioma ruso y no quebrantar su régimen gramatical.

Construir en cualquier obra una frase con varias oraciones subordinadas, no es tan difícil. Más difícil es no repetirse en la construc-

ción de las frases siguientes. Una frase de ese tipo, otra, una tercera, y sin que el escritor lo perciba desciende a una monotonía inadmisiblemente: comienza a mecer a su lector como en columpio. En la obra se forma un ritmo uniforme, carente de los muelles internos precisos. Y sin embargo, la frase debe tener musculatura. En este aspecto, la obra literaria puede compararse al cuerpo de un atleta bien proporcionado: en el cuerpo humano hay músculos muy diversos, y para entrenarlos se deben emplear distintos métodos, pero en conjunto forman un todo orgánico. El estilo del escritor debe poseer esa misma musculatura. Y para desarrollarla, el artista debe hacer una *gimnasia* peculiar, es decir, ejercitarse en el arte de construir la frase de un modo variado.

Tan sólo este trabajo de perfeccionamiento del lenguaje de uno puede dar al lector una impresión completa de la poesía de la obra creada por el escritor. Recordad vuestras propias impresiones al leer una obra. A veces, se suceden las hojas que sólo hablan a vuestro entendimiento; vuestra emoción no está afectada. De pronto, como si el artista hubiera tañido una cuerda, todo comienza a resonar y surge en el interior el hálito poético: el escritor ha hecho partícipe al lector de las emociones de su personaje, y el lector comienza a vivir la vida del personaje y a experimentar la ira de éste, le asoman las lágrimas a los ojos, se entusiasma, ríe.

Hacer sentir lo mismo que los personajes sienten es una de las cualidades mágicas del arte. Pero el escritor llega a dominar esa cualidad como resultado también del trabajo. Es preciso educar en uno esa habilidad para encontrar el ritmo, el vocabulario, el conjunto de palabras que produzcan al lector las emociones necesarias y el estado de ánimo requerido.

Esto se percibe con particular evidencia en la poesía. Hay poesías que no son poéticas. La rima sola, incluso perfecta de técnica, no basta para que de las líneas escritas salga una poesía. En los versos debe haber indefectiblemente emoción. Como si fuera una corriente submarina invencible que arrastrara al lector. La ola de esta corriente surge en el verso como de improviso, os azota y se apodera de vosotros.

Por último, ante el escritor se alza otra dificultad, puede que la mayor: la necesidad de hacer un todo único del material recopilado, a veces enorme. Se amontonan numerosos hechos, ideas, acontecimientos; entre estas ideas hay algunas que son buenas y grandes. Para que todo ello suene armónicamente y ayude a llegar al objetivo propuesto hay que hallar las proporciones justas, saber con exactitud lo que es importante y lo que no es tan trascendental; dónde hay que apretar el acelerador, y dónde hay que aflojar el pie. Tolstoi calificaba esto de armonía entre la *generalización* y la *detallización* de una obra literaria, entendiendo por generalización la síntesis, y por detallización, los pormenores concretos. Y consideraba que la tarea de ordenar el material era la más ardua: en ocasiones los detalles apartan al escritor del camino, y a veces, por el contrario, lo principal comienza a desprenderse de la pluma antes de tiempo sin haber sido expuesto en la

forma debida ni preparado por toda la lógica de acontecimientos y caracteres. En estos casos, cuando el lector no ha sido llevado aún a la conclusión necesaria, no es capaz de discernir lo principal, y pasa indiferente por su lado.

En *La guerra y la paz*, de Tolstoi, y en *Klim Samguín*, de Gorki, el problema de la ordenación del material surgió ante estos dos gigantes de nuestra literatura en toda su complejidad. Gorki, por ejemplo, tuvo que sintetizar los acontecimientos acaecidos en el curso de cuarenta años, mostrar el fracaso de unos ideales sociales, el nacimiento de otros, y abarcar todas las clases de la sociedad. Generaciones de literatos estudiarán una y otra vez la forma en que fué resuelto ese problema en las dos obras citadas.

Puedo decir que la ordenación desacertada del material y la falsa apreciación de lo que es lo principal determinaron en gran parte los defectos de mi novela *La Joven Guardia*, defectos que fueron justamente criticados en la prensa.

En nuestra prosa moderna se puede encontrar con harta frecuencia una falta de trabazón intolerable, que indica el poco cuidado del autor por que todas las partes de su obra contribuyan a la expresión de la idea principal. Muchos piensan así: he visto mucho, he reunido un gran material, ahora no tengo más que juntarlo de cualquier modo y ponerme a escribir. Grave error.

Tanto en la novela como en el cuento, y principalmente en el drama —afecte a cualidades personales de la vida de los protagonistas o a la presentación de cualquier personaje adicional, aun de décimo orden— siempre se debe seguir un criterio, plantearse con entera claridad qué faceta de la idea principal debe ser revelada en cada acontecimiento descrito o por medio de un personaje. De lo contrario sólo resulta un argumento deslavazado, cuajado de personajes que no dejan huella.

Cierto que hoy este trabajo se complica aún más por las peculiaridades de la vida soviética: en los acontecimientos participan numerosas personas; el hombre se halla ligado a otros por los lazos más diversos, y se hace difícil presentarlo al margen de esas relaciones. Pero es en esto, precisamente, donde no hay que andar por las ramas y dejarse llevar por lo secundario en detrimento de lo principal. La obra es como una vivienda: entraña graves peligros sobrepoblarla. Y es imposible, naturalmente, distribuir a todos los personajes en una casa con exceso de habitantes, de forma que se pueda perfilar a todos plenamente. Cuando se dan estos casos surgen esos personajes que responden a un apellido, pero sin un atisbo de personalidad, sin hablar ya de que puedan ser típicos. Ello es también consecuencia de no saber compaginar la *generalización* y la *detallización*. A menudo esa ineptitud conduce a abstracciones desmesuradas. Esto sucede con más frecuencia en la dramaturgia, cuando los personajes comienzan a hablar entre ellos y a las primeras palabras han descubierto ya toda la trama, privando

al autor de la posibilidad de profundizar en ella progresivamente. La idea del autor resulta esquemática, sin imágenes; no está plasmada en una forma concreta y artística. En nuestros teatros se pueden ver no pocos dramas de éstos. Y ello se debe a que el dramaturgo no tiene fe en la fuerza de los personajes creados por él, no confía en poder expresar su idea a través de la combinación y choque de caracteres personificados.

Todo ello nos dice que la literatura no es sólo un aspecto del trabajo, sino además, de un trabajo arduo. Por esta razón, el problema del estudio constante, la cuestión del perfeccionamiento tiene, para los jóvenes y para nosotros, los *viejos*, una importancia de primer orden.

La literatura soviética es obra de gentes diversas, cuyas biografías se han ido formando por caminos distintos. Todos tienen de común la ideología, pero cada uno tiene su personalidad, diferente estilo de escribir, diverso temperamento y emociones distintas. Allí donde a pesar de la diferencia de personalidad aquellos u otros escritores encuentran algo de común entre sí, aparecen también las corrientes artísticas en la literatura soviética, y surgen en cuanto a la forma. Esta diversidad es natural: el realismo socialista presupone variedad de formas.

En la Unión Soviética se han roto las cadenas que oprimían la individualidad humana.

Si el capitalismo se esfuerza por nivelar a los hombres y rebajarlos a la categoría de un mecanismo, en el país soviético hay tantos caracteres como seres humanos; y esta diversidad de individuos origina en la literatura la variedad de formas. Añadan, además, la gran variedad de formas nacionales de la literatura soviética.

El realismo socialista recoge la vida verazmente, en su aspecto histórico concreto, en su desarrollo revolucionario. Su objetivo es la educación del hombre en el espíritu socialista. Debido a ello, el realismo socialista presupone diversidad de formas, estilos y géneros. En esta fórmula del realismo socialista, que nos ha sido dado por Sstalin, no se puede prescindir de ningún aspecto. La crítica debe saber analizar todos estos aspectos. Y nosotros, los que creamos la literatura, pertrechados con las ideas de Lenin y Stalin, estudiando incansablemente la vida, aprendiendo a conciencia todo lo verdaderamente grande creado antaño, debemos consagrar todas nuestras fuerzas físicas y espirituales a la creación de nuevas y bellas obras para bien del pueblo soviético y de toda la humanidad progresiva.



Declaración de los pintores españoles republicanos residentes en México

El gobierno franquista, a través del *Instituto de Cultura Hispánica*, ha convocado a los artistas españoles e hispanoamericanos a que participen en una llamada Primera Exposición Bienal Hispanoamericana, tomando como pretexto la conmemoración del Centenario de los Reyes Católicos y de Colón.

Los pintores españoles en el destierro vemos con profunda satisfacción la repulsa general que ha merecido la fanfarronada *imperial*, al querer asociar a su régimen de terror y de traición la conciencia más pura del arte hispanoamericano, que comparte el amor a la libertad e independencia de sus pueblos.

Nosotros, los pintores españoles republicanos, condenamos enérgicamente esta farsa, con la que el régimen franquista pretende ganar un prestigio que ha perdido, dentro y fuera de España.

No podemos nosotros, como españoles que tenemos clara conciencia de que las más elevadas expresiones de nuestro arte tienen su raíz en el pueblo, asociarnos a una manifestación de un régimen que tras condenar a la más espantosa miseria y opresión a nuestro pueblo, vende hoy la soberanía e independencia de nuestra patria.

Con esa exposición, el franquismo pretende encontrar una salida, en el terreno cultural, a la asfixia en que se encuentra por la lucha de nuestro pueblo y la condena de la opinión mundial.

Nosotros, como pintores y como españoles, al expresar nuestra rotunda oposición a esa farsa del Instituto de Cultura Hispánica, expresamos así la fidelidad a nuestro pueblo.

Antonio Rodríguez Luna, Miguel Prieto, José Renau, José Moreno Villa, Roberto Fernández Balbuena, José Bardasano, Elvira Gascón, Gabriel García Maroto, Ceferino Palencia, Ernesto Guasp, José García Narezo, Manuela Ballester, Germán Horacio, María Luisa Martín, Juan Renau, Vicente Rojo, Augusto Fernández y Juana Francisca de Bardasano.